

The FBI logo is a blue rectangle with the letters 'FBI' in a bold, yellow, serif font. The letters are outlined in black and have small white stars around them. The background of the entire cover is a painting of a woman in a red polka-dot dress running away from two men in white suits. One man is holding a knife. The scene is set in a dark, wooded area with a bright light source in the background.

FBI

**BABEL
DEL
CRIMEN**

J. TELL

I

LARRY dirigió una mirada circular a los reunidos. Le gustaba el grupo. Había seleccionado bien a los «muchachos».

—¿Para qué nos quieres, Larry? —La voz de Bud Menzies parecía atravesar gruesos fieltros.

Tiraba ferozmente de un puro por la comisura izquierda de la boca.

—Esta vez se trata de algo muy serio —afirmó Larry, que se echó hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa. Sus azules ojos chispeaban de contenido regocijo—. De algo tan serio que justificaré el que dejéis todas vuestras ocupaciones.

A Rippie le acometió un acceso de risa.

—¡Bueno está eso, Larry! Nuestras ocupaciones. De sobra conoces que llevo tres meses suspirando por la cara bonita de un «silver».

Su enérgico, cuadrado rostro, se contrajo en una mueca de ira a continuación.

—Esos perros supieron bien lo que hacían cuando me metieron aquel «fiambre» en la tienda.

—Bueno; deja eso ahora —le interrumpió el atildado Rubenoff con un gesto displicente de su mano—. Oigamos a Larry.

El quinto hombre de la reunión era David, «Didi» para sus íntimos. Permanecía en silencio en su sillón, dirigiendo los ojos con regularidad a través del cristal de la ventana que tenía a su derecha, y por la que contemplaba el imponente panorama de Wacker Drive y los puentes sobre el río.

—Muchachos, no es a mí, sino a otro hombre a quien vais a oír.

Larry se levantó y salió de detrás de la mesa para llegarse hasta una puerta. La abrió con cierto aire de prestidigitador y franqueó el

paso a un individuo en quien todos se fijaron con interés.

Era de mediana estatura, ancho, cuadrado, pesada cabeza que inclinaba ligeramente a un lado. Unos cuarenta años. Se quedó parado en medio de la habitación, examinando a los otros con los párpados semientornados sobre los grises ojos.

—Éste es Fritz Kamp, muchachos —presentó Larry—. Huyó de Alemania el año cuarenta y cinco y pudo colarse en el Brasil. Allí ha estado hasta hace poco. Anda, Fritz; cuenta eso que sabes. Y no temas: son buenos amigos míos.

Kamp sonrió con acritud. Sin moverse, comenzó a hablar:

—Se refiere a un tal Amadeo Breken, un compatriota mío. Un tipo chiflado, con ideas raras.

Kamp empleaba un correcto inglés, si bien duro, sin engrasar.

—Se fugó de Alemania en mil novecientos cuarenta, a poco de empezar la guerra. Trabajaba entonces en unos laboratorios químicos, en Stuttgart, pero no se sentía muy a gusto con el nuevo régimen. Y no era judío, no.

Se notaba que para Kamp aquello no tenía sentido. ¿Cómo un ario puro no estaba conforme con el régimen nazi?

—Resumiendo. Breken fue al Brasil y trabajó en Sao Paulo. Y lo conocí allí, en mil novecientos cuarenta y siete. Tenía una buena posición y ganaba lo suficiente para haberse comprado una casa en Jardín América y contar con un Cadillac. Trabé amistad con él y aquí viene lo interesante.

Deshizo un poco su inmovilidad y se ladeó para mirar a Larry, que había ocupado el puesto anterior.

—Me contó sus proyectos. Quería instalar una colonia tierra adentro y dar lugar allí a un centro de experimentación. Pero le hacía falta mucho dinero, un presupuesto tan grande casi como el de una pequeña nación. Y aunque ganaba mucho, no llegaba tan siquiera a cubrir una milésima de aquello.

Kamp frunció las cejas. Y los gruesos labios se le curvaron desdeñosamente.

—Su idea era que la raza perfecta del porvenir no era cualquiera de las actuales, sino el resultado de una mezcla de ellas. Pero no una mezcla como hasta ahora se producen, generalmente entre las capas más baja de la sociedad, sino por medio de individuos previamente seleccionados. Bueno, una chifladura. Pero, aparte de

eso, Breken era un buen químico. Y me habló de otra teoría suya. En su opinión, era factible modificar los experimentos de Moissan acerca de los diamantes artificiales. No tengo grandes conocimientos en la materia, mas parece que ese Moissan obtuvo hace tiempo diamantes artificiales por medio de una solución de hierro y carbono, producida en un horno eléctrico. La idea de Breken era más simple. Quería los diamantes pequeños para sacar diamantes grandes, de muchos quilates, que son los que se cotizan en el mercado.

Kamp, que parecía haberse animado, hizo una pausa. Ahora los amigos de Larry demostraban su interés. El puro de Menzies se había apagado y «Didi» había dejado de mirar al exterior.

—Desde luego, en aquella época no había conseguido nada. Trabajaba ansiosamente, porque del resultado de sus experimentos esperaba obtener el dinero necesario para implantar la colonia, que era su sueño.

El alemán cerró la boca, apretando los labios con fuerza. Siguió un silencio expectante. Fue Rubenoff quien lo rompió. Su larga, estirada faz, se torció al adelantar la cabeza.

—¿Y qué pasó? No nos estará contando un cuento de hadas.

—«¡Teufel!». No. Durante mucho tiempo tuve noticias de las actividades de Breken. Continuaba con sus ensayos y sus conferencias sobre la raza única, pero sin otro síntoma de que hubiera conseguido resultados positivos. Hasta que hace tres meses desapareció de Sao Paulo.

—¿Desaparecido? —aulló Menzies.

—Eso es. Pero no en el sentido de que no se sepa dónde se encuentra, sino porque liquidó cuánto poseía en aquella capital y se metió en la selva, en la región del Amazonas.

—¡A fundar su colonia! —saltó Rippie.

—Eso es. Se llevó a un centenar de personas consigo, negros y blancos, mujeres y hombres, a los que pagó, según mis informes, grandes sumas y les costeó el matrimonio.

—¡Cuernos! ¡Qué loco!

Larry tomó parte en el debate en aquel momento. Había observado las reacciones y su rostro audaz, inteligente, reflejaba su satisfacción.

—Muchachos, ¿no os dais cuenta? Lo que Kamp insinúa es que

Breken pudo, por fin, poner en marcha su proyecto, porque contaba con los medios necesarios. ¿Y cómo se los procuró?

—Que me cuelguen si lo sé —sentenció «Didi».

—Pues ahí está. Sabemos que perseguía un fabuloso procedimiento para conseguir grandes y puros diamantes. Y de repente, gasta grandes sumas y pone en marcha un plan que no se atrevería a subvencionar nuestro país. Eso sólo indica una casa, y es que obtuvo, por fin, el sistema para fabricar los pedruscos.

—¡Cuernos! Pues parece lógico.

Tras cuya exclamación se cerró de nuevo el diálogo. Las cabezas volvieron hacia Larry y el gancho de una interrogación enorme se tendió hacia él.

—Muchachos. —Larry gozaba con el momento—, ésta es una oportunidad como no se nos presentará más en la vida. Ese chiflado cuenta con algo que nos puede hacer millonarios a todos, ¿os dais cuenta?

«Didi» metió baza. Movi6 su gran cabeza de lobo.

—Larry, yo no sé mucho de eso, pero el sentido común parece indicar que si alguien ha dado con un tal sistema, pronto los diamantes valdrán menos que las piedras de las calles. Cualquiera podrá lucir un «kohinoor» en la solapa.

—Eso es. Muy bien dicho, «Didi». Lo que demuestra que es preciso darse prisa. Un tal procedimiento resulta un talismán poderoso en manos de un solo grupo de personas, que han de luchar por conservar el secreto. ¿Y cuántos habrá ya que estarán tras hacerse con él, incluyendo al propio Gobierno del Brasil?

—¿Propones que nos vayamos al Brasil al encuentro de ese loco?

Rubenoff se encontraba dominado por una gran excitación.

—Exactamente eso, Estaníslas. Si ese Breken hubiera encontrado una mina, yo no os propondría semejante aventura. Habría que quedarse allí y, por otra parte, el riesgo superaría a cualquier resultado que se obtuviera. Pero de ser lo que cuenta Kamp, los diamantes pueden fabricarse prácticamente en la cocina de casa. Porque no es el método, sino el haberlo resuelto con un mínimo de economía, lo que hace que sea tan extraordinario.

Kamp intervino.

—Breken y su hija Erika son quienes únicamente deben conocer la forma de convertir los diamantes industriales en diamantes como

huevos de paloma. Hacerse con su secreto, supone quizá hacerse con el poder más fantástico de la historia.

—Pero es sólo una conjetura. ¿Y si el dinero le ha venido por otra parte? ¿Y cómo vamos a ir?

Por fin, la cuestión quedaba planteada en el aspecto práctico. Larry se retrepó en el asiento y se echó a reír.

—Lo he pensado todo, Stanislas —aseguró—. Y hemos estudiado con detalle la zona, donde, según Kamp, se encuentra ese loco de Breken. Para adentrarse en las selvas del Alto Amazonas existen dos procedimientos: o seguir la vía fluvial, lo que representa exponerse a sinnúmeros peligros; o la aérea, que tiene el inconveniente de que no existe combustible para repostar y tampoco campos de aterrizaje que ofrezcan seguridad.

Rippie expuso con una carcajada:

—¿Y entonces qué? ¿Hacemos un túnel para llegar hasta allí?

El dueño de la casa se enserió y sus rasgos aniñados se pusieron rígidos, acentuando las líneas de degradación, de encanallamiento.

—No, Rippie. Ningún túnel. Pero utilizaremos el río y el aire. He comprado un helicóptero. Kamp fue piloto. Ha trabajado en el aparato y lo ha adaptado para que pueda amarar en los ríos o en los lagos. Es un helicóptero grande, de transporte, que utilizó nuestro ejército en la última guerra. Puede llevar una enorme carga de combustible, la suficiente para recorrer el territorio que nos interesa y para el regreso. Mi proposición es la siguiente: ¿os interesa el asunto? ¿Estáis dispuestos a emprender el viaje, abandonando toda empresa que tengáis entre manos?

Las cinco caras de los hombres que le miraban se quedaron vacías, como paredes encaladas, mientras los cerebros trabajaban a toda presión.

Y hubo un común movimiento afirmativo de las cabezas.

II

EL inspector de la Policía brasileña, Patriarca Guacis, era un individuo alto, delgado, con la cabeza de forma oval caída hacia el frente como si el escurrido cuello fuera incapaz de soportarla erecta. Sus ojos de negro iris poseían forma también de huevos, con el extremo más agudo hacia afuera.

Vestía un traje blanco, amplio, que le hacía pliegues por todas partes y ponía de relieve la acentuadamente tez morena. Se encontraba en Washington, en el despacho de Hoover, director del F. B. I.

—No me huele bien ese asunto, señor —dijo, y, desde luego, por su aspecto podía colegirse que no le olía bien nada.

—¿Insinúa que ese hombre, ese Breken, tiene la intención de combatir a su país en el campo económico, que puede producir un «*crack*» en el mercado de los diamantes? ¿No es eso un tanto fantástico?

—La fantasía, señor, ha dejado de serlo en ese terreno —sentenció Guacis—. Pero, naturalmente, eso sería un asunto que podríamos resolver, quizá, nosotros. Pero es el caso que ese Breken ha creado otro problema que ya sí les afecta a ustedes.

Hizo una pausa en la que pareció derretirse un cuarto de libra de su anatomía.

—A esa colonia afluyen los más dignos representantes del hampa internacional, que se someten gustosos a los experimentos de Breken con tal de husmear acerca de ese fabuloso descubrimiento de los diamantes. ¿Comprende?

—Ya.

—Últimamente hemos tenido la visita de algunos de los más calificados miembros de «Murderlandia»[1]. En particular, sabemos

que un tal Larry Ogden, conocido por el «Simpático Larry», y varios amigos se han trasladado al Brasil.

—El «Simpático Larry», ¿eh? Me suena.

—Debe sonarle. Por lo que hemos podido adivinar, tiene algo que ver con el atraco a un banco de Chicago, el «Cicero Trust Company». Al parecer, dieron el asalto para procurarse los fondos necesarios para emprender la otra acción.

Hoover inclinó su cabezota. Eran múltiples los robos en los bancos y joyerías. Pero una de sus cualidades más sobresalientes consistía en su memoria para recordar nombres de personas y lugares relacionados con los crímenes.

Aquel caso de Chicago le era particularmente conocido. Por la circunstancia de que un vigilante del establecimiento había pasado a mejor vida. Y se sabía que era el «Simpático Larry» porque aquel vigilante pudo —y ésa fue la razón de que dispararan contra él— tirarse encima de uno de los atracadores y despojarle del pañuelo con que cubría las facciones.

—Inspector. —Hoover tenía ahora un aspecto duro, de auténtico policía—, es razonable lo que dice. En efecto, el

F. B. I.,

está muy interesado en tener una charla amistosa con el tal «Simpático Larry».

Guacis se alzó de su asiento y las arrugas del traje se pusieron verticales, como una bandera arriada.

—Nos complacerá mucho colaborar con ustedes en la captura de ese sujeto —expuso—. Pero es mi deber decirle, señor, que es posible que el sitio donde se encuentra actualmente tenga mayores dificultades que las calles de una ciudad. Si no fuera porque me creería exagerado, le afirmaría, incluso, que está tan fuera de nuestro alcance como si hubiera ido a la Luna.

Ante la mirada de asombro de Hoover, explicó:

—Las selvas del Amazonas, señor, tienen mucha parte sin explorar. Hay salvajes que no quieren saber nada de la ONU, toda clase de animales desagradables y un laberinto verde capaz de sobrecoger al ánimo más decidido.

El director del

F. B. I.,

formuló una pregunta cargada de lógica:

—¿Cómo se han aventurado entonces esos individuos?

—No he dicho que sea imposible ir, sino que allí los bandidos cuentan casi con iguales posibilidades que nosotros, señor. O sea, que sería una lucha de igual a igual, fuera de toda protección especial.

Añadió con sencillez:

—Yo pienso ir.

Hoover comprendió la insinuación del inspector brasileño. Envolvía una velada ironía. Daba a entender que en aquel medio, el F. B. I.,

estaría muy lejos de sus imponentes laboratorios, de los clasificadores de huellas digitales y del alarde de hombres y material que en un momento dado era capaz de desplegar.

—El

F. B. I.,

también irá —dijo. Se puso en pie y contempló a su visitante con intensidad—. Y para su conocimiento, inspector, le informaré que mi Departamento tiene equipos especiales para los trópicos así como para los hielos. Hemos capturado criminales en el Congo y en el Yukon... y para eso han bastado dos agentes.

Guacis balanceó la cabeza hasta dar la impresión de que se le iba a desprender.

—Me complace saberlo, señor.

Tras lo que estrechó la mano del director del Federal Bureau of Investigation y salió del espacioso despacho.

Hoover quedó un momento en actitud reflexiva. Después, se dejó caer en su asiento y apretó la clavija de un dictáfono.

—Diga al inspector Rafles que venga —comunicó con opaco acento.

—Bien, señor.

Al minuto escaso, la puerta del despacho dio paso a un hombre alto, delgado, comprimido. En la larga faz unos ojos negros brillaban de astucia.

—Rafles, acabo de enterarme dónde se encuentra ese pájaro que mató a un policía en Chicago hace mes y medio.

—Supongo que se encontrará en el Brasil, señor.

Hoover sonrió. Naturalmente, su ayudante estaba enterado de la visita del policía brasileño, por lo que su deducción, «estilo Sherlock

Holmes», era obligada.

—Sí. Pero no en el Brasil civilizado, Río de Janeiro, Sao Paulo o cualquiera de las grandes capitales. Se ha internado en las selvas del Amazonas.

—¡Repámpanos! ¿Y qué busca allí?

—El secreto del Conde de Saint-Germain —declaró con rotundidad Hoover—. ¿No sabe cuál es? ¿Qué daría, Rafles, por conocer el procedimiento para fabricar diamantes del tamaño de huevos, tan buenos como el Gran Mogol?

Rafles escrutó las facciones de su superior. Sabía que aunque el director del cuerpo policial más formidable del mundo poseía un carácter jocos, no bromeaba con los asuntos del servicio.

—Eso hay, ¿eh?

—Iremos por él, Rafles. Y de paso, indagaremos acerca de ese procedimiento que trae algo revueltos a los círculos financieros del Brasil.

Rafles inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Supongo que será algo así como las perlas cultivadas del Japón. Pero lo que no entiendo es lo del Amazonas. Tengo entendido que aquello es lo más insano que pueda darse.

—Sí; ése es un punto extraño. Lo lógico es que Breken hubiera buscado para instalar su colonia otra clase de terreno.

—¿Qué colonia?

Hoover hubo de explicar al inspector Rafles cuanto se refería con Amadeo Breken y su teoría de la raza única. Al finalizar, los dos hombres se contemplaron y al unísono prorrumpieron en una carcajada.

—De todas formas —expuso Hoover cuando dejaron de reír—, puede ser un asunto muy serio. No por la ideal teoría del señor Breken, sino por los sinvergüenzas de todo orden que estarán dispuestos a tomarle el pelo. Quiero para esa misión a un par de hombres especialmente dotados, Rafles.

—Bueno. Buscaremos a quienes tengan conocimientos de la vida en la selva y, a ser posible, del idioma portugués.

Cosa que no fue fácil. Por fin, Rafles dio con uno de sus hombres, Oswald Ceres, cuya madre era portuguesa. Conocía el Brasil, al que había ido ya en comisión de otros servicios.

Y se designó para acompañarle a Paul Shevers, quien también

conocía el idioma portugués, aparte del alemán.

Ambos eran morenos, Ceres más alto y de aspecto más distinguido, y Paul con la nariz ancha, deforme, de boxeador, lo que se apreciaba igualmente en sus hombros separados y redondos como almohadillas y el potente tórax.

Hoover quiso verlos personalmente.

—Muchachos —les discursó—, vuestro cometido es coger a ese «Simpático Larry» y a su cuadrilla. Pero no estará de más que abráis los ojos al máximo y toméis nota de cuánto ocurra en esa «antibabel» o «Babel del Crimen».

Ofreció una caja de cigarrillos y preguntó:

—¿Tenéis idea de las condiciones de vida en esas regiones?

Fue Ceres quién se encargó de dar la respuesta:

—Poco, señor. Desde luego, si ha seguido el curso del Amazonas, podemos decir que nos encontraremos en la civilización, pues existen a lo largo de él ciudades y misiones. Pero si se ha desviado para adentrarse en la selva..., bueno; lo mejor que se puede decir de ella es que combina la malignidad de una corista vieja del Broadway neoyorquino con la falsedad de un apostador profesional de las carreras.

—Me hago cargo, hijo. Tendréis que moveros allí tan desprovistos de protección como si estuvierais en el fondo del mar.

—Eso es, señor. La selva es como un mar, con la única diferencia de que no nos hará falta equipo de buzo para viajar por debajo de los árboles. Por lo demás, descontando las doscientas mil clases de mosquitos venenosos, los alacranes, los sapos, las serpientes, los pirañas, los salvajes que todavía quedan, lo demás es un agradable paseo siempre que no nos hundamos en algún pantano, pongamos el pie por equivocación sobre un caimán o no nos enredemos entre las hojas de alguna planta carnívora.

Añadió Shevers, con cierta complacencia morbosa:

—O que el «Simpático Larry» se entere de nuestra llegada y nos acoja con la efusión de su admirable carácter.

Hoover sonreía. Estaba convencido de que tras el tono de chanza se ocultaba la indomable e irrevocable decisión de alcanzar la meta. Podían ser ciertos todos aquellos peligros, pero sus dos agentes no se detendrían hasta haber puesto las manos sobre el criminal o haber sido convertidos en tasajo.

—Que la suerte os sea propicia, muchachos.

Un enérgico apretón de manos subrayó la despedida.

III

LA expedición del doctor Breken, compuesta por ciento doce personas, abandonó Manaos y se internó por el río Madeira.

Alfonso Dortaes se acercó al jefe de la caravana le escrutó con sus redondos ojos negros, cuyo iris ocupaba casi todo el espacio y que causaban la impresión de ser dos piezas de dura obsidiana.

—Patrón —dijo—, me gustaría saber cuál es nuestro destino.

Breken alzó la pesada, cuadrada cabeza hacia él, separando los ojos del mapa, un Stieler, que estudiaba. Y sus párpados aletearon sobre los azules ojos.

Amadeo Breken no hubiera podido jamás disfrazarse de árabe, como la creación literaria de su compatriota Karl May, y, menos, de meridional en cualquiera de sus latitudes.

Su origen se denunciaba en todos sus rasgos, en el color de la tez, en el cuerpo y en el carácter. Alemán por los cuatro costados o, mejor dicho, teutón.

—El destino es algo desconocido, amigo Dortaes —contestó con cierta ironía—. Pero si se refiere al lugar donde estableceremos nuestro campamento, únicamente sé que está en medio de la más impenetrable selva, a orillas de un río que debe ser afluente del Aripuaná, y no muy lejos del poblado que tiene por nombre Paraíso.

Dortaes estuvo un rato fijo en la inescrutable faz del científico. En su interior le había clasificado como a un loco, pero a veces dudaba. Parecía saber exactamente cuántos pasos iba a dar y lo que encontraría al final de ellos.

—Es una región sin explorar —expuso—. Yo, al menos, no la conozco. Pero sé que en una gran extensión existen tierras inundadas, pantanos, por no sé qué maldita disposición del terreno. Y lo peor es que poseen las características de una trampa, pues

desde poca distancia parecen suelo firme.

—Sí; aquí indica que se parece mucho al «everglades» de Florida. Y señala esa condición de tierra inexplorada, Dortaes. Pero dice algo más. ¿Quiere oír una curiosa historia?

Dortaes se encogió de hombros. Había oído muchas historias acerca de la Amazonia. No en balde pasó casi treinta años en la selva, unas veces con los «seringueiros», otras veces al frente de expediciones científicas o de caza.

Conocía la leyenda del Minhocao y de la Mae de Agua y tantas otras que los indios se cuentan para solaz de sus largas y aburridas jornadas de pesca o de siembra.

—Es una historia —prosiguió Breken— que, en cierto modo, tiene algo que ver con la que dio origen al nombre de esta región. Usted debe saber que el nombre de Amazonas se debe a la descripción que cierto fray Gaspar de Carvajal hizo de un pueblo habitado exclusivamente por mujeres. Se creyó, naturalmente, que era pura fantasía del fraile y que tomó a los indios carajás, barbilampiños y de constitución más bien blanda, por mujeres guerreras.

El jefe de exploradores brasileño asintió. Pero empezaba a interesarse.

—¿No querrá decir que era cierto lo de las amazonas?

Breken meneó la cabeza con alguna impaciencia.

—Ciertamente que no. Pero de la descripción que el buen misionero hace de las tales bravas hembras se desprende que tampoco podían ser los indígenas que actualmente aparecen clasificados en esta zona. ¿Se da cuenta? Bueno; la historia que voy a contarle surgió mucho tiempo después, en la expedición de La Condamine, en mil setecientos treinta y seis.

«Uno de los acompañantes de La Condamine, el guía Torres, fue el encargado de transmitirla para la posteridad en un opúsculo bastante mal escrito, pero de indudable interés pintoresco. Según el tal Torres, él y otros cuántos expedicionarios se desviaron al alcanzar el Madeira, o sea por donde ahora navegamos. Siguieron luego por otro río, que no puede ser sino el Aripuaná, y se adentraron, por último, en una fabulosa región.

»Describe, y esto demuestra que fue cierto que llegaron a esa zona, los pantanos. Pero lo importante de su relato es la referencia

que hace de un lugar, una especie de valle tranquilo en medio de la espesura, donde encontraron restos de edificaciones, semejantes en un todo a las de los mayas en el Yucatán.

»Y, y esto es lo más extraordinario: según el guía Torres se encontraron con unos seres altos y fuertes, de piel blanca y rubios cabellos».

Breken se había ido excitando conforme narraba la fantástica historia. Dortaes, al término de su elocución, tenía la boca abierta.

—¡Demonios! No es posible que crea semejante superchería — saltó.

El rostro de Breken se empurpuró. Y los azules ojos le chispearon de furor.

—¿Por qué no? Nada impide que pueda ser cierto. Si conociera algo de etnología...

Dortaes recobró su flema habitual.

—Mire, allá usted con su etnología. Yo conozco el sitio o, por lo menos, parajes idénticos. Y no hay cristiano que resista en esas latitudes. Sólo indios salvajes que viven como los animales y que tienen de todo menos de bellos y fuertes.

El alemán se recuperó igualmente. Y se echó a reír.

—Comprendo su asombro, Dortaes —expresó—. Piensa que esta expedición sea algo así como la que se emprende con cierta frecuencia para capturar al «abominable hombre de las nieves». Se equivoca.

El brasileño se encogió de hombros. No tenía ganas de discutir con un hombre como el científico. Había oído algo acerca de su personalidad y sabía que estaba reconocido como una autoridad en química industrial.

Por otra parte, ya le tocó años antes el ir de guía con un grupo de ingleses que buscaban la «mariposa con cuerpo de mujer» y que cantaba como una prima donna.

Lo terrible fue que dieron con una «*Protogonius hippona drurii*», un raro ejemplar que con cierta imaginación podía tomarse por el remedo de una bailarina de can-can,

y eso les convenció de que existía la que andaban persiguiendo.

Pero Dortaes se mostraba intranquilo en aquella ocasión. Se había unido a Breken en Belém, donde llevaba unos meses

descansando. Y cuando vio la caravana a la que tenía que conducir, se le encogió el epigastrio.

Bastantes de los blancos y negros que figuraban en ella podían considerarse personas normales. Pero el fino olfato de cazador de Doartes recogió el tufillo especial de los caimanes. Hubiera jurado que un cincuenta por ciento de los miembros del convoy eran licenciados del presidio de Anchieta y de otros penales.

Sujetándose bien el revólver a la cintura, se dirigió a la parte de popa de la motora. Allí se encontraba Erika, la hija de Breken, removiendo con un palo dentro de una especie de pecera. Sólo que no eran peces, sino serpientes lo que contenía.

Siempre que la veía, Dortaes contenía el aliento. ¡Dios, qué hermosa era! Alta, erguida, de miembros largos, espléndida cabellera de color leonado y ojos grises.

Pero había en su persona una vitalidad, una irradiante, que la hacía comparable a una llama en forma de mujer.

Ayudaba a su padre en sus trabajos de investigación y era una fanática partidaria de sus teorías. Pero, al mismo tiempo, poseía un cerebro poderoso, capaz de enfrentarse con cualquier problema.

El brasileño se aproximó a ella. Por un momento, contempló, fascinado, la labor a que se dedicaba.

—¿Sabe que si un bicho de éstos le alcanza —se alarmó—, duraría usted menos que el sol en el horizonte?

Erika volvió hacia él su rostro y le sonrió.

—¿Se ha interesado alguna vez, Alfonso, por conocer la razón de que ciertos animales estén provistos de veneno?

—No, maldita sea.

—Pues es un proceso sumamente curioso. Porque el veneno de ciertos animales consiste en una reserva de energía concentrada. Puede afirmarse que acumulan vida y la preparan de forma que al inyectarla en los enemigos, los aniquilan.

—Si me permite decírselo, algunas personas hacen igual, señorita. Pero no es vida lo que acumulan, sino mala intención. Y creo que en nuestra compañía viajan algunas de ellas.

Erika le interrogó con sus grandes ojos. El explorador se sintió molesto.

—¿A qué se refiere, Alfonso? —planteó ella, y había dejado de interesarse por las evoluciones de los ofidios.

—No conozco exactamente los fines de esta expedición — declaró Dortaes—, pero observo algunas cosas raras. Sin equivocarme, podría decirle quiénes arrastran en su conciencia la rozadura de más de un delito. Y para concretar, le diré que algunos de los tipos que vienen con nosotros han mamado parte de ese veneno.

Erika le observaba con algún desdén.

—¿Tiene miedo? Sabemos que algunos hombres y mujeres no son santos precisamente. Se les ha dado una oportunidad. Van a colaborar en un extraordinario experimento, Alfonso. Posiblemente sean los pioneros de una única oportunidad para los seres humanos.

Por segunda vez aquella tarde, Dortaes abrió la boca.

—¿No me diga que Corrientes o el Niño Jácare van a colaborar en el progreso de la humanidad?

No lo creía. Y lo peor era que tampoco los aludidos. Por lo menos, el Niño Jácare, no.

IV

EL Aripuaná pertenece a la categoría de los «ríos negros», en su mayor parte innavegables, por estar interrumpidos por saltos y cascadas, ya que el terreno se levanta en colinas de escasa elevación.

En el poblado de Tapocal se abandonaron las barcas. Dortaes dispuso a los expedicionarios en piraguas aptas para aquella corriente que obstaculizaban los larnganes y cañas y que podían ser transportadas a hombros a través de la selva.

Ésta se ofrecía como un impenetrable muro en todos los colores del verde y castaño. El calor era sofocante y en el aire sembraba estar suspendido el cadáver en descomposición de algún gigantesco animal prehistórico.

Nubes de mosquitos evolucionaban cerca de las orillas que se alteraban a menudo por la rápida zambullida de algún caimán. El olor a almizcle, característico de estos animales, se mezclaba con el de las plantas y troncos podridos que arrastraban las aguas.

Erika y su padre contemplaban con ojos asombrados el extraordinario espectáculo de aquella naturaleza.

—Es como si fuésemos al encuentro del primer hombre en su morada paradisiaca —comentó el doctor Breken—. Todo parece crujir, estallar, de vida.

Dortaes que se apoyaba melancólicamente en su rifle, hizo un movimiento con la cabeza y los hombros. Erika se echó a reír.

—Nuestro buen Alfonso —dijo— nos cree locos.

Pero Dortaes pensaba algo distinto. No eran locos, sino tontos. Tontos para no darse cuenta de la rara atmósfera que se suspendía sobre la caravana.

Hasta los más ingenuos de sus componentes se percataban de

ello y se mostraban recelosos, vigilantes y atentos al rumor de conversaciones misteriosas que se desarrollaban entre algunos de los hombres que iban en las piraguas.

Correntes, un mulato alto, bisojo, picado de viruelas, se lo manifestaba así a Niño Jácare.

—Empiezan a desconfiar, Niño. Y es lo que me pregunto yo, leñe. ¿Qué vamos a hacer con todos éstos?

—Cuando lleguemos al Paraíso estarán tan en nuestras manos como si fueran recién nacidos. Y una vez que hayamos exprimido al «salomón», allá se las compongan. Eso, siempre que se porten dócilmente. Y si no...

El río se abría en dos brazos, dejando un islote en medio. En la parte de la derecha se formaba un remanso, casi una laguna, y los flamencos lo adornaban como unas flores extrañas, sobre el tallo de una sola pata.

Se recibió la orden de saltar a tierra. Breken corrió en seguida a lo que parecía la entrada de un túnel vegetal y comenzó a gritar, excitado:

—¡Coincide, coincide todo! —decía.

—¿A qué se refiere, patrón? —indagó, suspicaz, Dortaes.

—En el relato de Torres se habla de este pasaje. Dice que lo formaron los antas al bajar al río para abreviar.

—¡Cuernos! Hace más de dos siglos de esa expedición, ¿y piensa que todavía se va a conservar el camino?

El alemán le dirigió una mirada despectiva.

—Quizá sea usted un buen explorador y guía, amigo Dortaes —manifestó con sequedad—, pero desconoce muchas cosas relacionadas con los animales y sus costumbres. Yo he cazado en África, y puedo afirmarle que he encontrado sendas hechas por los elefantes o los búfalos que no tenían menos de los mil años. Y le aseguro que sé perfectamente cómo establecer esos períodos de tiempo.

El brasileño se calló y se mordió el labio inferior. Desde luego, aquello podía ser cierto. Pero se abstuvo de señalar a Breken que para que tal cosa ocurriera tenían que darse especiales circunstancias.

Por ejemplo, que el clima fuera seco, en terreno más bien elevado y no sometido a fenómenos como corrimientos de tierras,

inundaciones o cualquier otra causa capaz de modificar su aspecto.

Y toda aquella parte de la cuenca del Amazonas estaba casi constantemente batida por lluvias torrenciales y desbordamientos periódicos de los ríos. No había, pues, posibilidad alguna de que se conservara un paso hecho por los animales, no ya durante dos siglos, sino tan siquiera durante un par de meses.

Erika le vigilaba y por su hermoso e inteligente semblante se extendió una sombra de preocupación.

—No está muy convencido de eso, ¿verdad? —indagó, aproximándose a él.

—Lo importante sería que no lo estuviera usted. A su padre no se le puede discutir, señorita, porque trata de acomodar sus deseos con los hechos, y no aceptará de ningún modo que se los hayan preparado. Pero si este camino tiene dos siglos, yo soy la encarnación de Buda en forma de Carmen Miranda.

Sin otra palabra, se introdujo por allí, echando ojeadas a un lado y otro, atento a sorprender el menor detalle anormal. El doctor Breken y su hija le siguieron. Y detrás, el grueso del pelotón, a cuya cabeza marchaban el mulato Correntes y el Niño Jácare.

Dortaes colocó a varios hombres en primera línea para que fueran abriendo paso con los machetes, pues las lianas y toda clase de arbustos cerraban el camino, lo que tendría que haber servido de aviso a Breken.

Aquella era la selva amazónica en todo su esplendor, sin comparación con cualquiera otra. La australiana es silenciosa, solemne; la indostánica, misteriosa; y la africana, llena de una magia especial.

Pero la selva del Brasil es pululante, ruidosa, abigarrada. Cientos de miles de formas, de colores, de sonidos. Los papagayos producen una algarabía a la que se suman los monos aulladores, y que llega a desquiciar al cerebro más equilibrado.

Las ranas croan con voces potentes, los tucanes lanzan sus «diostedé» a diestro y siniestro, y el oso hormiguero su gruñido de enfado. Pero todo eso en medio de un constante agitar de alas, de cuerpos, de ramas que crujen o de semillas que estallan.

Un negro originario de Bahía, de elevada estatura y poderosos hombros, se acercó al atardecer a Dortaes.

—¿Dónde vamos? —inquirió con ronco acento—. No me gusta el

sitio por donde avanzamos. ¿Cómo sabremos volver luego?

Era una pregunta razonable. El guía le escrutó con intensidad. Hacía tiempo que una insidiosa idea le rondaba por la mente.

—Cruz —le dijo—, ¿acaso sospechas que ocurra algo? ¿Por qué viniste entonces?

—Me dieron dinero. Y Marina y yo deseábamos iniciar una nueva vida. Pero esto me parece una trampa. Usted es el único que conoce la región o, por lo menos, eso es lo que dice.

—Tampoco conozco esta parte, Cruz. Y, como tú dices, puede ser una trampa. ¿Y por qué no abres los ojos y los oídos y procuras enterarte de si algo se trama? ¿Conoces al niño Jácare?

—¿Se refiere a ese de la cicatriz en el cuello? Parece un gallo de pelea al que le hubiera perdonado la vida el campeón.

Era una acertada descripción del Niño Jácare. Una cicatriz rojiza le corría desde debajo de la oreja izquierda hasta la nuez y le obligaba a torcer el cuello.

—Ése es —confirmó Dortaes—. En mi opinión, ha engañado al doctor Breken y nos ha atraído aquí con objeto de expoliarnos. Estoy seguro de que conocía este sitio de alguna escapatoria suya anterior y que él inventó lo del manuscrito que sirve de guía al alemán.

Comprobó el efecto que sus palabras hacían en el negro.

—El doctor Breken está ciego y sordo para todo lo que no sea su idea relacionada con la nueva ciudad que piensa hacer en el interior de la selva —añadió—, pero su hija empieza a desconfiar también. Y me temo que sólo podrá contar con un puñado de adictos.

Cruz había cerrado los puños con fuerza y sus ojos relampaguearon de ira.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Le romperé la cabeza a ese granuja. Si cree que...

—Calma, amigo. Lo mejor es estar en guardia y no confiarse. Supongo que hasta que no lleguemos al sitio que han señalado en la falsa historia, no intentarán cosa alguna. Lo mejor es ir tratando de conocer a los que puedan ponerse de nuestra parte y, quizá, adelantarnos al golpe.

Instruyó al negro en ese sentido. Pero cuando Cruz se separó de él, Dortaes arrugó la nariz, insatisfecho.

Por una parte estaba bien aquello de avisar a los que asumían en

la expedición el papel de víctimas. Pero tenía sus riesgos semejante proceder. Quizá sirviera para precipitar la decisión del Niño Jácare y de los suyos.

Tendría que hablar con Breken por última vez. Y tendría que ser aquella misma noche, pues su especial instinto de cazador le hacía barruntar la proximidad de la acción de los bandidos.

El bosque se fue aclarando. Los «heveas» y los «anacardos» se espaciaron y aparecieron palmeras y los «imbuías». Y, casi sin transición, se encontraron frente al pantanal.

Había como un cinturón de palmeras «javas» y arbustos del cacao y en seguida los recortes de hierba y matas, en un terreno llano que se extendía en millas y millas con bosquecillos que formaban corredores entre ellos.

Dortaes corrió junto a Breken. Lo encontró consultando sus mapas y las ajadas hojas de un libraco. Y mirando con sus prismáticos hacia la vasta planicie.

—¿Qué dice ahora, Dortaes? —preguntó, lleno de exaltación—. Toda la descripción del relato de Torres se confirma.

—Señor Breken —dijo el guía, y se dio cuenta de que Erika se acercaba para escuchar—, no quiero echar agua en el guiso de su entusiasmo, pero ¿se ha dado cuenta de que una vez que nos hayamos metido en ese laberinto estaremos a merced de cualquiera que sepa cómo entrar y salir de ahí?

Breken semejó convertirse en un bloque de granito. Dirigió una mirada glacial a su contratado cazador.

—Dortaes —expresó—, estimo en lo que vale su preocupación por nuestra suerte. Hasta aquí sus conocimientos nos han sido muy útiles. A partir de este momento, yo seré el guía.

—Papá —intervino Erika—, quizá convendría...

—Déjalo, Erika —le cortó su padre—. Por el motivo que sea, Dortaes cree que nos han engañado. Piensa que soy tan estúpido como para no reconocer lo que es un relato auténtico de otro falso.

Dortaes sintió que su sangre hervía. No era frecuente que se dejara arrebatar por la ira. Pero la tozudez de aquel «cabeza cuadrada» era superior a su flema.

—Quizá sepa eso —habló entre dientes—, pero estoy seguro de que no distingue a un sinvergüenza de una persona honrada, ni aunque se los pongan en la platina de un microscopio. Y debo

advertirles que tiene toda la responsabilidad en lo que pueda ocurrirles a esas personas que ha hecho venir hasta aquí, donde no tienen otra protección que la que podamos darle nosotros.

Se volvió para mirar a Erika, que se había puesto muy pálida.

—Y debería también pensar en ella. No creo que fuera muy agradable su situación si tuviera que depender de esa manada de lobos.

Breken replicó con voz mate:

—Está loco, Dortaes. Se imagina cosas que no existen.

—Mejor que fuera así. Pero quiero que dentro de una hora, como mucho, reúna a todos los expedicionarios y les explique cuál será su destino y a lo que se exponen. Quizá alguno decida volverse. Y puedo adelantarle que con el que sea, iré yo. A menos que las razones que me dé para meterme en ese pantanal sean muy convincentes.

Se apartó de los Breken con la indefinible sensación de que gran parte de su actitud tenía por causa la extraordinaria belleza y encanto de la rubia valquiria.

V

CRUZ se refugió bajo unos árboles y atrajo a su mujer, Marina, contra sí.

—Esto es un engaño, Marina. —Su voz era intensa, rumorosa—. Nos han traído aquí para robarnos, para quitarnos todo con mayor facilidad. Hasta pienso que puedan querer apoderarse de nuestras personas, como hacían con nuestros antepasados.

Marina era una cuarterona, de tez oscura, pero de rasgos como los de las diosas, de las esculturas griegas. Contempló a su esposo con inquietud.

—Pero eso sería monstruoso, Cruz. ¿Y por qué iban a querer quitarnos un dinero que ellos mismos nos han dado?

—No lo sé, pero hemos de escapar, Marina. Quizá ese Breken sea también inocente, y quieran robarle.

—¡Era algo tan admirable ese proyecto de iniciar una vida distinta, de colaborar a que la humanidad fuera mejor! Como si todo empezara de nuevo.

—Para eso tendría que fabricarse un nuevo ser humano.

—Y eso es lo que pretende el doctor Breken. Quiere que las razas se fundan, que de lo mejor de todas ellas se cree el hombre que dominará la tierra.

—Pero eso no es cristiano, Marina. Si te fijas bien, es como pretender burlarse de las disposiciones divinas. No es por cruces y selecciones por lo que el hombre se hará mejor, sino por imitar a Cristo, que dio el modelo de cómo tenía que ser el hombre autentico.

—Es verdad, Cruz. Pero, de todas formas, no creo que fuera malo el participar en la erección de una ciudad aquí, en la selva, lejos de la ambición y el crimen.

En sus hermosos negros ojos, había una ansiedad dolorosa. Cruz sabía la causa. Y sintió un nudo en su interior. En realidad, habían aceptado participar en aquella empresa porque les facilitaba la huida, el separarse de una parte de sus vidas que no les resultaba agradable recordar.

—Marina, hemos sido cobardes —pronunció Cruz con vehemencia—. Todos los que vamos aquí somos cobardes. Hemos aceptado que se haga este experimento con nuestras vidas por no tener el valor de afrontar las consecuencias de nuestros actos. Pero ahora me doy cuenta de que no es posible rehuir el castigo. Debemos volver, Marina.

—Pero eso es nuestra separación, Cruz. Quedaron los dos unos segundos abismados en la visión de aquel pasado tan tenebroso. Ellos sabían que se les buscaba. Una sucia historia de amor y de violencia. Marina había matado a un hombre en un momento de desesperación.

Cruz la ayudó a escapar, a borrar las huellas de su presencia en el lugar del crimen. Y se casó con ella, aprovechando la inusitada oferta de aquel alemán idealista.

—Marina —sobresaltó a la mujer el negro con su intensa entonación—, no debes temer nada. Tú no debes temer. Yo me confesaré autor de la muerte de Montari.

—¡No, no, Cruz! Eso no.

—Ha de ser así, Marina. No por ti ni por mí, sino por nuestro hijo.

De nuevo el silencio. El disco radiante del sol se fundió en el horizonte y bruscamente sobrevino a noche, de la forma asombrosamente súbita que es típica de los trópicos.

Cruz se levantó del lado de Marina y se adelantó hacia el claro donde habían instalado su campamento el grupo que capitaneaba el Niño Jácare.

Éste asaba el musculoso cuerpo de un «agutí» en una improvisada hoguera.

En realidad, Cruz iba al sitio donde se encontraba Breken. Pero al fijarse en el avieso rostro del Niño Jácare, experimentó una enorme revolución en su intestino. Desde luego, era una cara innoble, enmascarada por el vicio, a la que no contribuía especialmente a hacer más bella el ladeamiento producido por la

cicatriz.

Y a su lado, Correntes, con aquel ojo que se le iba de brújula, y la cara como un membrillo caído del árbol antes de madurar.

—¡Maldito haragán asqueroso! —Insultó Cruz con ferocidad—. ¿Piensas que nos vas a engañar?

El Niño alzó la cabeza y le clavó sus fríos ojuelos oscuros, color de charca enfangada.

—¿Qué te pasa, hijo de la noche?

—No lo vas a conseguir, te arrojaremos antes a los caimanes. Has engañado a ese pobre idiota de alemán, contándole no sé qué burda historia, pero no te saldrás con la tuya. Ahora mismo voy a decirle la clase de pájaro que eres, Niño Jácare. ¡Y le...!

No se dio cuenta de que alguien se le aproximaba por detrás. Era un individuo alto, peludo, mestizo, sin duda, de amarillo y negra. Recibió un guiño del Niño y, con toda frialdad, descargó un formidable golpe en la nuca de Cruz con el puño cerrado.

Pero Cruz era fuerte como un toro. No perdió el conocimiento, sino que, tras un breve momento de aturdimiento, se rehízo y se puso en pie. Y giró para dar frente a su atacante.

Lo reconoció como a uno de los amigos del Niño Jácare, un tal Correho, con la conciencia cubierta de muescas como la culata del revólver de un pistolero y no en recuerdo de actos meritorios.

Cruz dio unos pasos en su dirección y se inclinó ligeramente con los brazos extendidos al frente.

—¡Maldito asesino! —gritó.

Y se tiró contra él. Le aplicó un furioso golpe en pleno rostro. Correho levantó sus puños para detenerlo, y el negro le hundió entonces el suyo derecho en la cintura.

Equivalió a la cornada de un toro. El bandido salió despedido hacia atrás, se enredó los pies con las raíces de una planta y cayó de espaldas. Cruz fue en su seguimiento, dispuesto a continuar el castigo.

Pero Correntes intervino entonces. Se deslizó sin ruido, como una sombra, y se puso al costado del negro. Pese a lo cual, éste se percató del movimiento y se revolvió raudo.

Correntes empuñaba un cuchillo. Largó el primer viaje y extrajo una rebanada de aire. Cruz había saltado hacia atrás. El Niño Jácare se puso también en pie y miró a los lados con recelo.

Pero ya se había cuidado de que el sitio aquel estuviera apartado de donde los demás descansaban. Biombos verdes de «cipos» y enredaderas les ocultaban y ahogaban los sonidos.

Correhio se levantó del punto donde había caído y se aproximó a los dos contendientes. El Niño hizo lo mismo, y entre los tres hombres rodearon a Cruz. El negro aparecía magnífico, vibrantes los músculos, vigilando sus redondos ojos a todos.

Paró el golpe del machete. Y despidió de nuevo a Correhio con una patada que le cogió de lleno el pecho. Pero no pudo evitar que Niño le cayera encima por detrás y se le enganchara del cuello.

Dio vueltas con él, tratando de agarrarlo, pero el bandido se sujetaba como un lagarto que ha clavado los dientes. No obstante, Cruz se volcó hacia adelante y lo hizo salir disparado por encima de sus orejas.

Y acto seguido tuvo que repeler el ataque de Correntes. La afilada hoja le rozó el costado. Cruz sujetó por el cuello al estrávido con una mano, suspendiéndolo en el aire y le aplastó el puño contrario contra la agujereada faz.

Correhio ya volvía a la carga. Lo recibió con un desquiciante mandoble y un rodillazo. El otro, Correntes, se retorció en el suelo, aullando de dolor. Niño pasó por encima de su cuerpo y le arrebató el cuchillo.

Otra persona se sumó a la representación. Marina, atraída por el ruido de la lucha, llegó al claro donde se desarrollaba. Y fue justo en el momento en que Niño Jácare sorprendía a su marido y le asestaba un golpe con el canto del machete.

La hoja de aquella arma estaba afilada, especialmente apta para cortar la maraña de la floresta. Se hundió golosamente en el cuello de Cruz y la sangre brotó a caño.

El negro brincó como un ciervo al ser alcanzado por una bala y se desplomó luego, rodando sobre las hojas podridas de los árboles que alfombraban la tierra.

Marina lanzó un grito, que fue cortado rápidamente por la sucia manaza del Jácare. De una zancada se había puesto a su lado y la tapaba la boca mientras la amenazaba con el arma enrojecida.

—Te pasará lo mismo si dices lo más mínimo —le dijo.

La dejó suelta y la mujer se estremeció violentamente, abriendo y cerrando la boca, incapaz de gritar o de llorar.

—¿Qué vamos a hacer con ella, Niño? —preguntó Correhio, que todavía se mantenía encogido.

—Tendremos que llevarla con nosotros. Encárgate de ella. Tú, idiota, deja de quejarte y ayúdame a ocultar el cuerpo de ese «tizón».

Limpió con unas hojas de castaño el machete. Correntes se puso en pie y descubrió el magullado semblante.

—¡Dios mío, Dios mío! —se oyó gemir a Marina.

—Vamos, nena; eso ya ha pasado.

Correhio la cogió por un codo y la empujó hacia el bosque.

—Si eres buena y cierras la boca, no te pasará nada. Mejor es que te hayas librado de él.

La mujer caminó de modo automático, como un cuerpo vacío que reaccionara a impulsos de unos mandos lejanos.

—Esto se complica, Niño —gruñó Correntes—. No debiste matar a este cerdo.

—¿Para qué sacaste tú el machete acaso? ¡Bah!

Quizá resulte excelente el que haya ocurrido así. Y hasta me gustaría que los demás viesen su cuerpo.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenemos que convencerles de que somos quienes mandamos aquí y de que tendrán que obedecernos si quieren sobrevivir.

Se echó a reír. Una risa bronca, como ladridos de perro viejo. Se puso a tirar de los pies del negro muerto. Correntes le observó y un escalofrío recorrió su piel.

—¡Vamos, ayuda, imbécil! —le instó su compinche.

Y el mestizo se apresuró a levantar por los hombros el cadáver. Lo condujeron un trecho por entre as lianas y arbustos y salieron de nuevo al camino que seguían.

—¡Pero, aquí no lo dejaremos, Niño! Es el camino que...

—Eso es. Mañana lo verán todos. Y será un magnífico aviso para quienes pretendan oponérsenos. ¿No te das cuenta, idiota? De algo tiene que servir haberle rebanado el pescuezo a este estúpido.

—Pero también pueden hacer sospechar al doctor Breken.

—¿Quién? ¿Ése?

Mientras el Niño Jácare situaba atravesado el cuerpo de Cruz en la senda, su cascado cuerpo se agitaba por las carcajadas.

—Tendría que vernos en el acto de clavarle el machete, y se creería cualquier explicación que le diéramos.

Se apartaron del peligroso sitio. Y cuando llegaban de nuevo al claro en que habían decidido pasar la noche, vieron a Correhio que les esperaba con el rostro demudado, trémulos los bigotazos.

—¿Qué ocurre? ¿No habrás hecho alguna fechoría? —Le clavó los anzuelos de las interrogaciones el Niño.

—¡Maldita sea, Niño! Ésa... pécora parecía que iba como muerta y, de repente, echó a correr.

—¡Condenación! ¿Para dónde ha tirado?

Correhio señaló hacia el norte.

—Bueno; todo eso es pantano. Lo siento, porque era una hermosa mujer, pero a nuestros efectos es como si nunca hubiera existido.

Y para la selva también. Un rumor sordo, de cientos de miles de voces extrañas, croar de sapos, el himplar de los jaguares, los insectos que devoran hojas y ramas, silbidos de lechuzas y el siniestro aletear de los «mordedores», los parientes cercanos de los calumniados vampiros, se cerró sobre la desaparición de las dos personas.

VI

LA reunión convocada por Breken presentaba un aspecto fantasmal, en aquel claro del bosque, bajo los castaños que formaban a unos veinte pies de altura una bóveda sonora, agitada por los empujones de los monos que se acomodaban para dormir.

Dortaes fue revisando a todos los reunidos. Le extrañó la ausencia de Cruz y de su pareja, pero no quiso preguntar hasta saber lo que diría el doctor. Éste se puso en un extremo del círculo que formaban los expedicionarios, de pie, tieso, con el ancho rostro distendido por una sonrisa a medias orgullosa y confiada.

—Creo que es ocasión de que les explique —inició su discurso— la razón de que nos hayamos adentrado en esta parte de la selva. Nuestro guía, el señor Dortaes, lo cree conveniente y yo lo estimo así también.

Dirigió una mirada hacia el cazador y le hizo un saludo con la mano.

—Dentro de poco llegaremos a nuestro destino... si continúan cumpliéndose las indicaciones del relato de Torres, un libro en el que se habla de una fabulosa región, que reúne las condiciones más óptimas para emplazar una agrupación humana.

»Parece ser que en el centro de esta depresión se levanta una meseta unos cientos de pies en forma de colinas y en medio de ellas se abre un valle. El hecho de que no se haya descubierto es por estar rodeado por el pantanal que tenemos a la vista.

»En el libro de Torres se describe también el medio para llegar hasta ese valle. Mañana emprenderemos la última etapa de nuestro viaje. Y una vez que nos instalemos allí, iniciaremos en seguida la erección de una ciudad, una ciudad donde espero que se cumpla el ideal que nos ha movido a reunirnos y acometer esta aventura.

»Tenemos una oportunidad, una magnífica oportunidad para iniciar una vida de acuerdo con los principios más estrictos de derecho y de moral del ser humano. Hemos dejado atrás el vicio, el crimen...».

Dortaes dejó escapar un bufido. ¿Era posible que aquel hombre fuera tan ingenuo? Bastaba ver a la mayoría de los hombres y mujeres congregados en el claro para percatarse de que eran los representantes más genuinos de las dos cosas que acababa de citar: el vicio y el crimen.

—«... Estamos lejos de las pasiones que conturban hoy al resto de la humanidad. Nadie nos va a disputar la posesión de nuestro terreno y...».

El explorador no pudo resistir más. Se levantó y se ausentó. Quería descubrir a Cruz, enterarse de lo que le había pasado.

Al introducirse por entre los árboles vio a varios hombres que se habían mantenido apartados. Estaba claro que eran amigos del Jácare y de Correntes y que vigilaban.

Aquello le intranquilizó. Quizá fuera ya demasiado tarde para actuar. Los bandidos habían tomado posiciones y no dejarían que se organizara fuerza alguna en contra.

Dortaes recorrió los alrededores, pero sin resultado. Regresó, todavía más inquieto, a la reunión y se fijó en que el Niño Jácare le clavaba los turbios ojuelos.

—Y eso es todo —concluía Breken—. Estoy seguro de que todos colaboraremos con el mayor entusiasmo en esa tarea. ¿Alguna objeción?

Fue el Jácare quién se puso en pie.

—Patrón —se expresó con su voz rasposa—, ¿cómo piensa que va a funcionar la colonia? Nos harán falta muchas cosas antes de que nuestro trabajo rinda provecho.

—No es preciso preocuparse, Niño —contestó el alemán—. No, en absoluto. Contaremos con todos los medios que nos hagan falta.

—Pero eso cuesta dinero, mucho dinero, aunque sea para vivir en medio de la selva.

Breken dejó oír una carcajada, la carcajada del alquimista que ha obtenido la piedra filosofal.

—No hay problema, Niño. Haremos nuestros propios empréstitos. Tendremos cuánto dinero haga falta..., fabricándolo

nosotros.

La emoción que semejante descubrimiento produjo en el canallesco individuo estuvo a punto de desvanecerle.

—Pero... —balbució—, ¿no querrá decir que falsificaremos billetes?

Breken volvió a reír.

—Naturalmente que no, Niño. Eso sería contrario a la idea que tengo de cómo funcionará nuestra colonia. Precisamente, el dinero, por lo mismo que podremos contar con todo el que nos haga falta, no significará nada en la vida que vamos a llevar. No, no son billetes lo que...

Dortaes se levantó e interrumpió al orador:

—¡Ya está bien! —exclamó y se asombró de la intensa mirada de odio que le dirigió el Jácare—. Es cuestión que no importa con tal de que no constituya delito, doctor Breken. Usted tiene dinero y eso basta.

—Pero yo creo... —insistió el alemán con su acostumbrada tozudez.

—Hemos de aclarar otros extremos, doctor Breken —le interrumpió de nuevo Dortaes—. Tengo la seguridad de que su proyecto es una buena cosa, siempre que el material que va a emplear lo sea.

Breken, a la luz de las llamas de la hoguera, enrojeció.

—¿Continúa con esa idea, Dortaes? —preguntó con acento tremante.

—Más que nunca. Creo que aquí se reúnen gentes de muy diversa condición. Y sería fatal que los criminales se mezclaran con las personas honradas. ¿Cómo seleccionó a los participantes en... su proyecto? ¿Investigó sus antecedentes?

—Eso hubiera sido estúpido. El hecho de aceptar el vivir aquí...

—¡Jamás oí cosa tan estúpida! —Se encrespó el cazador—. Usted repartió el dinero a manos llenas y había de conseguirlo sin esfuerzo alguno. De cien personas que acudieran a su requerimiento, noventa y nueve serían la hez de la sociedad, la pillería andante.

—No le consiento que...

—Tiene que consentirlo, doc. No puedo dejar que los infelices que se hayan visto atraídos por el deseo verdadero de cambiar de

vida sean víctimas de los sinvergüenzas, al menos que sepan a lo que se exponen.

Hizo una pausa en la que comprobó la atención con que le oían muchos de los expedicionarios.

—Estamos en medio de la selva, lejos de cualquier protección que nos pueda proporcionar la Ley. Yo no conozco esta parte de la selva y, por consiguiente, quedaremos a merced de quienes lo sepan..., que pueden ser los mismos que nos han traído hasta aquí.

—¿Y para qué?

Breken dio unos pasos hacia él.

—¿Por qué iban a querer hacer una cosa semejante? Si es por dinero, puedo darles el que quieran.

—Usted lo dijo antes, doctor Breken. El dinero aquí no sirve para nada. Pero en las ciudades puede valer para mucho.

El alemán estalló, cargado de resentimiento:

—Usted es quien introduce la discordia en nuestro grupo, Dortaes. Para que ocurriera lo que usted dice, era preciso que hubieran conocido mis ideas con anterioridad, que supieran todo el alcance de mi operación. Pero estos hombres y mujeres vinieron por separado, sin tener el menor conocimiento de mi proyecto. Y usted piensa que están de acuerdo la mayoría para engañarme.

—Usted dice que no conocían su proyecto. ¿Dónde se hizo con ese libraco que hojea tanto? Hace cinco años que oí hablar de su famosa idea de establecer una colonia en plena selva. Es casi seguro que todo Brasil estaba enterado de ello. Y, posiblemente, con el libro se hizo hace poco.

Esta vez Breken tembló como si le hubieran golpeado con un látigo. Erika miró con aprensión hacia Dortaes.

—¡Márchese! Le pagaré ahora mismo lo convenido, pero váyase. Aquí ya no nos puede hacer falta.

Dortaes miró con cierta sorna al alemán.

—Era algo que yo le iba a pedir, doctor Breken. Y me alegra que me lo haya dicho. Aunque puede que no sea tan sencillo eso de irme, pero haré lo posible por conseguirlo. Págueme ahora, si le es igual, y me iré en este mismo instante.

—No tengo inconveniente.

Breken se volvió hacia su hija. Dortaes recogió el especial ambiente que se había creado. Estaba seguro de que el Niño Jácare

no le permitiría retirarse así después de lo que había dicho.

El buen resultado de su operación estribaría en que no hubiese nadie que pudiera dar el aviso. Eso le prevenía al cazador acerca del destino que hubieran tenido Cruz y su mujer.

Erika se puso al lado de su padre.

—Entrégale su dinero, Erika —pidió el doctor Breken—. Señores, esta reunión ha terminado.

Con paso vivo, rígido, se ausentó del claro. Su hija se acercó a Dortaes. Hubo un movimiento general de dispersión, aunque un grupo numeroso se quedó.

—¿Piensa de verdad dejarnos? —indagó en voz baja la rubia.

—Es lo mejor, señorita. Y no para mí solamente.

—¿Sigue empeñado en que nos amenaza un grave peligro?

—Desde luego. Ahora estoy convencido. Por eso he de marcharme y poner en antecedentes a las autoridades. Si saben que alguien ha conseguido dejar la expedición y que, además, sospecha lo que pueda ocurrir, quizá no se atrevan a lo peor.

—¿Lo peor?

Dortaes pensó por un momento ocultarle lo que temía. Pero, luego, decidió expresarse con toda crudeza. Erika era fuerte y tal vez necesitara algo violento para que reaccionara.

—En efecto, señorita. Esos hombres van detrás del secreto que su padre tan confiadamente revela. Les importa una castaña lo de la colonia y el destino de la humanidad. Pero si yo estuviera en el pellejo de ellos, mi seguridad me aconsejaría no dejar rastro de la fechoría, una vez conseguido mi propósito. Y la selva es un buen sitio para ocultar las huellas de cualquier crimen.

—¡Matarnos!

—Desde luego. A todos. Precisamente, tanto da el dejarlos en un sitio del que no conozcan la forma de salir, si les privan de los medios imprescindibles para abrirse paso hasta los lugares civilizados. Pero ustedes no tendrían ni siquiera esa suerte.

Erika retrocedió un paso.

—Es monstruoso lo que dice —manifestó.

—El crimen es siempre monstruoso, sea el método que sea con que se cometa. Y ahora, si le parece bien, deme mi dinero.

Erika lo estuvo contemplando unos segundos con horror. Luego, se recobró y procedió a extraer una cartera bien repleta de billetes.

En silencio, apartó los que correspondían al cazador y guía hasta entonces de la expedición.

Dortaes, sin contarlos, se los metió en el bolsillo del pantalón.

—Gracias —dijo con sequedad.

Y giró sobre sus piernas para irse. Pero en seguida comprendió que se había dejado ganar por la mano. Algo ocurría y se detuvo, sintiendo que en su interior se levantaba la negra cabeza del miedo.

VII

DOS hombres traían el cadáver de Cruz, cogido por los brazos y los pies. La cabeza, trágicamente tronchada, se balanceaba, amenazando desprenderse.

Lo dejaron caer junto a la hoguera, como una pieza de caza mayor cobrada momentos antes.

El Niño Jácare se adelantó hasta donde Erika y Dortaes se encontraban. El bandido extendió el brazo derecho y apuntó con la mano al cazador.

—¡Conque ése era el motivo para querer irse, eh! —pronunció —. Por suerte, lo hemos descubierto a tiempo.

—¿Qué quieres decir, Niño?

El Jácare elevó la voz al contestar y miró hacia el punto por donde había desaparecido Breken.

—Hay testigos que te han visto asesinar a ese pobre infeliz —acusó—. Perseguías a su mujer, canalla, hasta el punto que hubo de huir de ti y meterse en el pantano.

—¡Todo eso es una patraña estúpida!

—Sí, ¿eh? ¡Vegas, Santos, venid!

Los dos hombres que habían transportado al negro hasta el claro se aproximaron. Bastaba ver la huidiza expresión de sus ojos y el gesto entre soez y temeroso para que ningún jurado les admitiera declaración.

Pero estaban en la selva y no se les podía recusar.

—Yo lo vi, patrón —habló Vegas, un caboclo[2] delgado, de cabeza en forma de pepino y colmilludo, por lo que se parecía a una vaca marina.

Breken surgió por entre los troncos y se acercó. Seguro que alguien se había encargado de avisarle.

—Cuéntale lo que visteis, Vegas y tú, Santos —alentó el Niño.

Sus hombres fueron rodeando al grupo. Dortaes maldijo para sus adentros por su imprevisión. Tendría que haberse ido sin más. Pero lo que más le dolió de la situación aquélla fue la mirada que le dedicó Erika, quien se había retirado de su lado.

—¿Qué es ello? —inquirió Breken, con toda frialdad.

Se fijó en el cuerpo de Cruz y se inclinó para estudiarlo. Al levantarse, se notaba que había palidecido algo. Dortaes estaba seguro de lo que iba a seguir. Aquella palidez mostraba que el alemán se había asustado, quizá porque temiera que el asesinato de Cruz fuera la confirmación de las palabras de su guía.

Y como reacción lógica admitiría cualquier cosa que se vertiera contra aquél.

—Patrón —dijo Vegas, que había tomado a su cargo el asunto—, ese hombre...

Señaló a Dortaes, que ideaba frenéticamente algún medio para escapar.

—... perseguía a Marina, la mujer de Cruz Mendoza, que es ese negro degollado. Cruz lo sorprendió hace poco, cuando forcejeaba con ella, y se lanzó a pegarle. Hubo una pelea y Dortaes le arrebató el cuchillo al negro y se lo clavó en el cuello. Entonces, la mujer, dando gritos, corrió hacia el pantano y se hundió. Lo vimos Santos y yo, patrón.

Era una burda historia que no resistiría la menor comprobación. Pero en el estado mental de Breken sería creída sin vacilar. Y así sucedió. Se volvió hacia el cazador y le clavó los azules ojos, que se habían convertido en dos duros cristales de turquesa.

—¿Qué tiene que decir a eso, Dortaes?

—Si piensa que puedo defenderme contra semejante calumnia es que su ingenuidad raya en la tontería. Tendría que comprender que yo no puedo ser el autor de semejante crimen por varias razones, doctor Breken. La primera, porque ningún trabajo me costaba el poner ese cadáver en situación de que no se descubriera, echándolo al pantano, por ejemplo; la segunda, porque no he tenido ocasión material, ¿cuándo lo he hecho?

Fue el Niño Jácare el que se apresuró a hablar al notar el aturdimiento de sus compinches.

—Las dos cosas se explican, amiguito. Para degollar a un

hombre no hacen falta más que unos segundos.

—Tiene experiencia, ¿eh?

—Puede. Por eso no pudo esconder el cuerpo, ya que tenía que volver en seguida a la reunión. Pero todo el mundo recuerda que se ausentó a mitad de... de la conferencia del patrón.

Era cierto. Y Dortaes sintió que un sudor frío bañaba su piel. Los bandidos no desperdiciaban ocasión ni detalle.

—También recordarán todos que Cruz y su mujer no acudieron a la reunión —se defendió a la desesperada—. Y la razón era muy sencilla: estaban ya muertos.

Pero el Niño no se dejó apabullar. Estaba en plan de vencedor y pronto se quitaría la careta, así que no le importaba acumular cuántos datos fueran precisos para envolver a Dortaes.

—No vale, Dortaes. Sé de buena tinta que esta tarde tuvieron una discusión ese negro y tú. Y es inútil que niegues lo que has hecho. Estos dos hombres te vieron. ¿Qué tienes que decir a eso?

Fue Erika quien lo dijo. Había seguido con creciente ansiedad la reyerta verbal.

—Padre —habló con vibrante tono—, no está claro este asunto. Quizá esos hombres se confundieran. No es posible ver en la oscuridad con tanto detalle. Y si estaban tan cerca como para reconocer a nuestro guía, lo natural era que hubieran intervenido y evitado el crimen. O que hubieran vuelto a dar cuenta en seguida.

Aqué! sí era un buen argumento y Breken lo acusó. Se fijó en los dos hampones y les interrogó:

—¿Están seguros de que era nuestro guía? ¿No pudo ser cualquier otro?

De nuevo los dos tipos vacilaron y el Niño estuvo al quite.

—Patrón, no había caído en eso. Pero estos hombres están avezados a moverse en la oscuridad y Dortaes posee una figura inconfundible. Ahora bien, quizá lleve razón la señorita y no esté la cosa tan clara como parece.

Dortaes respiró hondo. Y en su corazón elevó un entusiasta cántico de alabanza a la valquiria. No era que se hubiera liberado del todo, pero le daban ocasión de luchar.

—Está bien —decretó Breken—. De todas formas, y hasta que no se aclare definitivamente este crimen, no se podrá marchar, Dortaes.

—Ya no lo intento, doctor Breken. Cuando sea de día, haremos una investigación en el sitio donde, según estos dos «caballeros», ocurrió el crimen y aseguran que me vieron.

Por el momento, quedó resuelta la cuestión así. Pero Dortaes se recriminaba por su estupidez. La facilidad con que el Niño Jácare había cedido en la acusación demostraba que su interés no era que él apareciera como asesino, sino impedirle el irse.

Y eso lo había conseguido. Lo importante, pues, era huir, conseguir que las autoridades conocieran lo que se tramaba.

Buscó un sitio donde tenderse y pasar la noche, pero su pensamiento estaba ocupado con la idea de la fuga.

Esperó a que el campamento estuviera en silencio. Y se levantó, deslizándose con toda cautela. Sabía a lo que se exponía si le sorprendían, pues, tras la declaración de los dos bribones, su fuga se tomaría como una confirmación de su culpabilidad.

Pero el quedarse era opositar, con toda seguridad, a un reparto equitativo de su persona entre los buches siempre hambrientos de los buitres y de los malditos pirañas.

A gatas, con el mayor sigilo, se fue encaminando hacia la senda. No se atrevía a introducirse por otra parte de la selva, pues no la conocía y podría meterse en el pantano.

Alcanzó el límite de los árboles de la izquierda del camino. Y sin salir a él, manteniéndose paralelamente, fue avanzando con la mayor rapidez.

Para que su marcha no estuviera entorpecida había dejado las armas, el rifle y uno de los revólveres, conservando otro, que empuñaba en la mano derecha. Y en la izquierda su cuchillo, arma inseparable en la selva, pues sirve para todo, desde cortar maleza, hasta trincar la carne o cortarse las uñas.

Creía ya haber superado la parte más difícil, cuando se detuvo con una interjección.

No cabía duda. Delante de él se levantaba una figura humana. En la semioscuridad, se notaba que algo destellaba en una de sus manos.

Saltó a un lado. Pero allí también tenía cerrado el paso... Bueno; el Niño Jácare sabía hacer las cosas bien.

Entonces, con ciego furor, Dortaes se precipitó contra el hombre que se le interponía. Era ágil y fuerte como el jaguar y su golpe

alcanzó al otro antes de que pudiera cubrirse.

Le dio con el cañón del revólver en la frente y le hizo caer, desvanecido. A continuación, se lanzó al frente, corriendo con todas sus fuerzas. No se habían dicho palabras, pero el cazador sentía las respiraciones anhelantes de sus perseguidores y el rumor de hojas y ramas pisadas.

Salió al camino. Allí podría correr con mayor rapidez, aunque también lo harían sus enemigos. Pero con seguridad apostaría a favor suyo, porque él sabía moverse en aquel medio como un pato en un estanque.

Sólo que la selva decidió gastarle una pesada broma. Había dejado ya casi de oír los pasos y el estertor de los hombres del Niño Jácare, cuando al saltar por encima de una gruesa rama que atravesaba el camino, aquélla se levantó súbitamente y se enroscó a su cuerpo.

Las boas son unas serpientes que engullen un cabrito o un pécari de una vez, miden la que menos unos veinte pies y su diámetro en la parte más gruesa equivale a la pantorrilla de un futbolista, aunque bastante más fuerte.

No era un gran peligro para un hombre con un cuchillo afilado, pero Dortaes perdió el tiempo que necesitaba para separarse definitivamente de los bandidos. Asestó varias cuchilladas en el momento en que el enorme ofidio bajaba la cabeza para morderle.

Y con una de ellas, le rebanó el cuello. Inmediatamente los anillos se aflojaron y se puso en pie. Pero fue para caer bajo el peso de varios individuos que habían llegado junto a él.

Dortaes luchó bravamente, poniendo en juego todos sus recursos, su enorme fortaleza, su dominio de cuantas tretas son permitidas y no permitidas en el combate. Pero eran primero tres, y, casi en seguida, seis hombres los que le asediaban.

Sus puños entraban y salían en la sombra y siempre sentía que había tocado en algo sensible. Y sus rodillas y pies, y hasta los hombros hacía intervenir. Pero el final era previsible.

De repente, algo duro, enérgicamente blandido, le golpeó en la nuca. Y la selva con todos sus ruidos y colores se le metió en el interior del cráneo.

Resplandecientes colibríes y pájaros del paraíso, mirlos y papagayos, produjeron una zarabanda infernal hasta que el «perro

volador» de la inconsciencia extendió sus alas membranosas y le arrebató consigo.

VIII

EN la prefectura de Policía de Manaos los dos agentes del F. B. I., Oswald Ceres y Paul Shevers, atendían la explicación que el jefe de la oficina les suministraba.

—El doctor Breken estuvo aquí hace cosa de un mes —dijo el digno funcionario con una sonrisa. Permaneció una semana o así haciendo preparativos y, seguidamente, se internó en el selva, curso arriba del Madeira.

—¿Posteriormente no se ha presentado alguien?

—No.

El jefe de Policía miró a través de la ventana hacia el río Negro con su muelle flotante y sus barcazas.

—Pero, no obstante, tengo noticia de que hubo quién se interesaba por esa expedición. Hará cosa de una semana que un gran helicóptero amaró en este puerto. Sus ocupantes hicieron diversas compras... y preguntas.

—¿Sabe si uno de esos tripulantes era un sujeto alto, delgado, pelo castaño rojizo y una cara de esas que se cotizan en el cine para conmover los corazones de las solteras?

Ceres se había inclinado hacia adelante y esperaba la contestación con avidez.

—Esperen.

Pulsó el botón de un dictáfono y penetró un oficial, pequeño, nervioso, con cabeza de pájaro. El jefe le transmitió la pregunta.

—Así era, jefe. Eso que llaman un tío simpático —informó el agente.

—Es nuestro hombre —confirmó Shevers y una sonrisa de satisfacción se extendió por su cara—. Nos hará falta alguien que

conozca la región, un guía.

—En cuanto se refiere a la parte conocida, no hay dificultad, pero debo recordarles que...

—Sí; ya sé. El Amazonas es como una dama misteriosa, oculta tras velos y más velos. Bueno; gracias por su ayuda.

Al salir a la calle, los dos agentes se sorprendieron al ver a un alto y encorvado individuo que se les paró delante, interceptándoles el paso.

—¡Vaya! Veo que el señor Hoover ha cumplido su palabra.

Balanceó ligeramente la colgante cabeza que recordaba la de un buitre cansado y tendió su mano a los indecisos jóvenes.

—Soy Patriarca Guacis, inspector de Policía. ¿Qué tal?

Aclarado el misterio. Hoover les había informado de la personalidad de aquel representante de la Ley brasileña.

—Supongo que habrán decidido meterse entre los árboles a la caza y captura de su hombre.

—Acertó, amigo. Ése es nuestro propósito.

—Bien; me parece muy bien. Habrán solicitado un guía. No hace falta; yo conozco la región bastante, tan bien como cualquiera de los guías que se les pueden ofrecer.

Hizo un gesto para que le siguieran y caminaron por la principal avenida de Manaos hasta desembocar en la plaza. Al lado de la iglesia, que recordaba el tiempo de los conquistadores, se abría una taberna.

—Si no han almorzado, podemos hacerlo ahí y así estudiaremos un plan para unirnos a esa expedición sin despertar sospechas —propuso Guacis—. Porque el gran riesgo que corremos es que adivinen nuestra condición de agentes. ¿Comprenden? Sería tonto que sacásemos una placa o credencial para intimidar a los criminales en semejante sitio.

—Criminales... Parece que su idea es que se han dado cita en la caravana del doctor Breken los mayores sinvergüenzas.

Ya instalados en el interior, alrededor de una mesa de madera de macuba, y con una botella de ron al mate delante de sus narices, Guacis se expresó con su condolente tono habitual:

—Sí, muchachos. El doctor Breken es el rico pastel que atrae a las moscas. De nosotros depende que les sirva de trampa mortal. Por los informes que hemos recibido, aparte de los dignos

representantes de su país, algunos de los más conspicuos bribones indígenas, han decidido colaborar igualmente en la realización del hermoso sueño de confraternidad racial del doctor.

Abandonando el tono de chanza, añadió:

—O mucho me equivoco, o ese pobre iluso se encuentra en un grave peligro. Oigan lo que yo pienso: el mejor medio para llegar cuanto antes junto a él es poniéndonos en tratos con algunos de los indios del interior. Ellos, sin duda, conocen cuanto se refiere al destino de la expedición.

—Me parece bien. ¿Dónde está la dificultad? Guacis apuró su vaso y se retrepó en el asiento.

—La dificultad es muy sencilla: los únicos indios que están en condiciones de darnos esa información son los chavantes. Hasta la fecha, quienes se han acercado a ellos han sido cortados en trozos, comidos y sus huesos puestos a secar al sol.

Le miraron por si se burlaba, pero el inspector se encontraba perfectamente serio.

—¡Demonios! —rezongó Ceres—. No creo que sea un plan conveniente.

—Verán; yo sé algo más. Conozco bien a esas tribus. Tienen malas pulgas, pero es con la gente que pretende hacerles pupa o que intentan obligarles a trabajar, que ellos entienden es otro modo de fastidiarlos.

—Ya.

—Pero no tienen inconveniente en tratar con quien les lleva algo que les gusta. Naturalmente, no es posible fiarse de ellos. Consideran a todo extranjero como presa codiciable y defienden con un fervor extraordinario su terreno. Pueden mostrarse amables de momento, pero acaban por celebrar un banquete con sus huéspedes.

Guacis terminó por explicar su idea. Tiempo atrás, y también para capturar a un peligroso criminal que se adentró en la selva, al norte de Matto Grosso, se vio precisado a comerciar con un grupo de salvajes.

Les llevó lo que ellos más aprecian: collares y telas de colores. Y para escapar de entre sus garras, en compañía del prisionero, hubo de engañarles prometiéndoles el doble de cuanto ya les había dado.

—Pero si les engañó...

—Les engañé relativamente. Puesto que pensando en que

podrían hacerme falta en otra ocasión, les envié por medio de un avión el paquete prometido. Choren, el jefe, estoy seguro de que nos puede ayudar.

—Siempre que no tenga apetito.

—Eso. Tienen la fea costumbre de disparar flechas incendiarias y de apreciar como un manjar exquisito la carne blanca. Pero saben cuánto ocurre en su selva. Y es lo que necesitamos.

—Bueno.

Los dos agentes del

F. B. I.,

no parecían muy convencidos. La verdad era que el panorama que presentaba el policía brasileño, especialista en selvas, encogía el epigastrio al más temerario de los héroes.

—Saldremos al atardecer por el Madeira. Sé que la expedición se desvió por el Aripuaná, y es, precisamente, la zona frecuentada por mi amigo Choren.

—¿Y cómo se ha enterado de todo eso?

Guacís sonrió.

—Eso es lo que trataba de explicarles. El doctor Breken ha tardado seis días en recorrer la distancia de un río a otro y debe andar por entre los árboles a estas horas. Pero el indio que me dio la información había hecho igual camino en día y medio.

Lo que suponía una marca impresionante, considerando la distancia.

Aquella tarde embarcaron en una almadía, al estilo de los nativos, hecho de troncos ligeros y una cubierta de hojas de palma y de hierba. Guacís les presentó a un individuo de tez fuertemente aceitunada, pómulos salientes y pelo liso, negro. Vestía el clásico traje blanco, con los pantalones enrollados.

—Es Carube, nuestro guía —informó el inspector—. Carube es de los pocos chavantes que se han sentido atraídos por la civilización. Lo recogieron de pequeño unos misioneros y, desde entonces, decidió prestar sus servicios a la comunidad blanca, si bien conserva muchos de los hábitos y costumbres de los suyos.

Carube les examinaba con sus oscuros ojos que hubieran podido muy bien ser los de un animal, pues no reflejaban sentimiento alguno humano.

—Él es el indio de quien les hablé. Nos conducirá hasta donde se

encuentran las avanzadillas de sus parientes.

Podía ser, aunque también pudiera resultar una encarnación de Caronte, el barquero infernal, y conducirlos a uno de los círculos del Averno.

Fueron Amazonas abajo hasta la desembocadura del Madeira. Y en seguida emprendieron el camino hasta la conjunción con el Aripuaná.

Los dos agentes del

F. B. I.,

contemplaban, absortos, el maravilloso mundo vegetal. Guacis viajaba con la cabeza inclinada, sin prestar atención al espectáculo.

Fueron dos días de navegación. Al alcanzar el Aripuaná, Carube tuvo una conversación con el inspector brasileño. Murmullos ininteligibles, que los dos agentes trataron de interpretar por las expresiones.

—Carube dice que debemos dejar aquí el río y aventurarnos en la selva. Ha visto indicaciones de que la tribu de Chorén se encuentra relativamente cerca. ¡Prepárense a caminar, muchachos!

Lo tomaron en un sentido literal. Más pronto hubieron de reconocer que no tenían idea de lo que significaba. Porque Carube, cuyo machete pelaba ramas y arbustos con celeridad, les conducía por un camino que ni la imaginación de Walt Disney hubiera podido plasmar en imágenes.

La mayor parte del recorrido lo hicieron por encima de la tierra, pisando troncos y deslizándose por las lianas, asustando a los cuatíes y a los vampiros, provocando el alboroto de los aras y de los tucanes.

Pasaron por encima de los rápidos «igarapés», los arroyos de agua cristalina, y, tras medio día de agotadora marcha, cuando se sentían incapaces de mantener aquel ritmo ni un segundo más, se encontraron en un terreno descubierto, atravesado por el enorme tronco de un castaño derribado.

Y allí estaba Chorén, rodeado de los suyos. Llamarle tribu al grupo aquel de indios, no dejaba de ser un alarde de humor. Rodeados los cuellos de collares hechos con semillas de piasaba, las orejas deformadas por el peso de los aros y con las narices atravesadas por una espina de pirarucú, se mostraban inocentemente, o sea, en el traje de Adán y Eva.

Feos y canijos, pelos tiesos, la piel casi marrón oliendo a grasa de pescado. Arcos y cerbatanas. En total, sumaban unos doce entre hombres y mujeres. Chorén poseía una pesada cabezota y unos ojos amarillentos, veteados de rojo.

Carube le habló primeramente. Luego entró en liza Guacis. Según él eran amigos, pero los dos agentes del

F. B. I.,

no las tenían todas consigo a juzgar por las inquietantes miradas que los salvajes les dirigían.

Tras una larga negociación, el inspector brasileño se reunió con ellos.

—Chorán dice que han ido al «panitacuá», que traducido del guaraní que estos indios hablan, significa «La cabeza del gigante». Es como una enorme isla en medio de los pantanos. Nos puede conducir allí, pero quiere que uno de vosotros se case con su hija mayor.

Apuntó hacia Shevers quien dio un salto en el aire. Guacis se echó a reír, una risa silenciosa, como el fluir de la tinta de un calamar.

IX

EL helicóptero evolucionaba por sobre el río y la selva.

Las seis cabezas de los ocupantes se inclinaban escudriñando el imponente macizo verde.

—¡Demonios! Yo no distingo nada, y dudo que haya alguien que sea capaz de conseguirlo.

La exclamación de Larry obtuvo un asentimiento general.

—Tendremos que amerizar en alguna de esas lagunas y proseguir la búsqueda a pie —expuso Kamp con su duro acento.

—¡Qué remedio!

La enorme libélula dio varias vueltas y escogió una gran extensión de agua para posarse. Una desbandada de patos, flamencos y garzas, y el alborozo de los monos que saltaban en los árboles de las orillas, saludó la llegada del aparato.

Botaron las balsas de goma, y descendieron dirigiéndose a tierra. Se habían equipado como para cazar elefantes en África, y las botas y los cascos les pesaban en medio de aquella estufa natural.

Se mostraban recelosos y miraban al alemán con encono, como haciéndolo responsable del fracaso que habían cosechado hasta entonces en su propósito de descubrir la expedición de Breken.

Larry era el único que no perdía su confianza y trataba de infundírsela a los demás.

—Bueno, muchachos; tendremos que movernos bajo los árboles —dijo cuándo hubieron asegurado el avión y desembarcado cuánto creían que les hacía falta—. Nos haremos la cuenta de que estamos de caza.

—Pero ¿hacia dónde iremos? —planteó Rubenoff, que era el más afectado por el calor y las picaduras de los mosquitos.

—Han de encontrarse por aquí cerca, en algún... —comenzó a

explicar Kamp.

—¡Cuernos! —le cortó Menzies—. Eso es ya difícil decirlo, tratándose del «Loop de Chic». Entre estos matorrales, parece una locura.

—¡Maldita sea! —rugió el alemán—. Parados no resolveremos nada. Poco más o menos conocemos para dónde tiraron. Vayamos hacia allá, dejando señales suficientes para saber volver aquí. Podemos recorrer una distancia que juzguemos razonable en línea recta. Que no obtenemos resultado, pues regresamos al centro y tomamos otro radio.

—No está mal pensado eso.

—Sí. Propio de un alemán.

En la primera dirección que tomaron, no les fue bien. Aquel día pasó y tuvieron que acampar bajo un grupo de palos-rosas y jequitibas, un extraño bosque de color rojizo que parecía incendiarse con los últimos rayos del Sol.

Para colmo, abundaban los ofidios, las temibles jararacás, que se alzaban de entre la hierba con un bufido, como ramas negras enderezadas por un pisotón. «Didi» se puso nervioso y comenzó a disparar contra ellas, aunque sin acertarles.

—¡Deja eso estúpido! —le contuvo Larry—. ¿Quieres atraer a los indios?

—¿Qué indios?

—Todos los indios.

Al día siguiente, y a la vista de una vasta región pantanosa, dieron media vuelta y reemprendieron el camino hasta la laguna donde habían dejado el helicóptero.

Gritos de indignación brotaron de sus gargantas al comprobar que el aparato se había soltado y estaba ahora en el centro de la extensión de agua. Se dirigieron hacia él en los botes de goma.

Al llegar cerca, una bandada de monos rojizos, que lanzaban gritos estentóreos, salieron por las ventanillas y corrieron por el cuerpo del vehículo espacial.

—¡Condenados sean esos simios! —increpó Rippie, que hizo fuego contra ellos.

—¿Queréis dejar las pistolas de una vez en paz? Lo estropearéis todo con vuestra debilidad por darle al gatillo.

Pero Larry se equivocaba. Fueron aquellos tiros precisamente los

que determinaron que encontraran la pista de la caravana.

Porque cuando regresaron a tierra, de nuevo recuperado su medio de transporte, y deliberaban sobre cual camino escoger, hubo una irrupción dramática en el lugar donde se hallaban.

Una figura humana surgió de entre los árboles y dio varios pasos en su dirección. Abrió la boca para decirles algo, pero sólo salió de entre los labios un ronco estertor y cayó a tierra.

Larry fue el primero en reaccionar. Y corrió junto a la mujer, y se inclinó sobre ella. Le dio la vuelta, pues había caído de bruces.

—¡Eh, muchachos, vigila, no sea que vengan más! —recomendó.

Aquello era algo que entendían perfectamente. Rubenoff y Manziés amartillaron sus pistolas, y Rippie y «Didi», los rifles de que iban provistos. Kamp se reunió con el «Simpático Larry», y entre los dos reconocieron a la joven.

—Está agotada —dijo Larry—. Le sangran los pies y el vestido está desgarrado como si hubiera pasado por la boca de una ballena.

—Ten. Dale un poco de esto.

El alemán ofreció su cantimplora con «*whisky*». Larry hizo beber a la mujer unos sorbos. Se atragantó, tosió, pero las mejillas se le colorearon.

—Es muy guapa, pese a lo destrozada que ha quedado.

Regresaron los compañeros.

—Nadie ha venido con ella —informó Manziés—. A no ser que se muevan por sobre las ramas de los árboles, disfrazados de esos malditos macacos.

—¿Y si fuera...?

La pregunta que iba a formular «Didi» se truncó, porque la mujer se había incorporado y los miraba con los ojos desorbitados.

—¡Por favor, por favor! —gimió—. Ayúdenme. Lo han matado... lo han matado...

—¿A quién se refiere?

—Mi marido, Cruz. Lo han matado... lo han matado...

Consiguió ponerse de rodillas. La despeinada y revuelta melena, le cayó sobre la cara y la echó hacia atrás.

—Mi marido... El maldito asesino le clavó el cuchillo en el cuello... ¡Por favor, quiero que lo castiguen, quiero que lo castiguen!

Larry dirigió una mirada circular. Comprobó que los demás participaban de su pensamiento.

—Escuche. No tema nada —tranquilizó a Marina—. Cuéntenos cuanto haya ocurrido, y trataremos de ayudarle a castigar al asesino de su marido.

—Pero yo quiero ver a la Policía. Quiero denunciarlos a todos...

—Claro. Eso haremos. Pero de momento, quizá convenga que nos encarguemos nosotros del asunto.

Marina terminó por contar lo que había pasado. Ni ella misma podía explicar cómo había conseguido salir del pantanal cuando huyó de entre las manos de aquel Correhio.

—¿Sabría cómo volver al camino aquél? —preguntó Larry disimulando su ansiedad.

—Creo que sí.

—Bueno; descanse y luego hablaremos.

La atendieron con todo cuidado. Larry condujo a los otros fuera del alcance de los oídos de la mujer.

—Escuchad: por lo que dice esa mujer, alguien se nos ha adelantado. Esto hace que sea más urgente todavía el llegar al lado de ese Breken.

—No habíamos caído en eso. —Kamp miraba preocupado a los otros—. Tendremos que luchar contra quienes sean.

—Seguro —afirmó Larry—. Y lo que esta mujer nos ha dicho puede sernos de gran utilidad. ¿Os dais cuenta? Podemos ganarnos la confianza de ese Breken, si nos presentamos en su campamento y denunciarnos a ese «Niño Jácare».

—Bueno; ¿qué sugieres que hagamos?

—Desde luego, no podemos ir en el helicóptero. Incluso no debemos referirnos para nada a su existencia. Sólo en último extremo lo utilizaremos. Vayamos al lugar ése donde ocurrió la lucha y tratemos de seguir sus huellas.

Así lo convinieron. Dejaron descansar a Marina todo aquel día.

La cuarterona, ahora que su terrible excitación había pasado, cayó en una depresión de ánimo extraordinaria. Le parecía ver constantemente el momento en que el machete del Jácare se hundió en el cuello de su marido.

No comprendía la razón de que hubiera podido suceder algo semejante. ¿Por qué la vida era siempre una lucha, una lucha

implacable, contra quienes burlaban las leves y los preceptos?

Ella misma se había visto precisada, en otra ocasión, a matar, para defenderse. Y aquellos otros hombres, ¿quiénes eran? Blancos. Por instinto, les temía, si bien en el Brasil no existían diferencias raciales.

Pero Marina sabía que los hombres de color, los negros especialmente, pueden ser criminales pero jamás por los retorcidos motivos de los otros. No les apasiona tanto el afán de dinero, de lujo, de placeres.

De todas formas, la Ley y el Orden parecían estar también de parte de los blancos. Y aquellos seis parecían hombres decididos y fuertes, capaces de hacer frente a los bandidos capitaneados por el Jácare.

Al siguiente amanecer, equipada con unos pantalones que le regaló el atildado Rubenoff, una camisa de Larry y unos zapatos que le estaban algo grandes, se puso al frente del grupo y les guió hacia el sitio de donde había escapado.

Pensando en que tendría que llevar allí a los agentes para que castigaran al «Niño Jácare», había tomado nota de ciertos detalles en la configuración del terreno. Se asombró, conforme iba encontrándolos, de que hubiera sido capaz de una cosa semejante en su situación.

Pero fue aquel frenético deseo de revancha lo que la sostuvo y aumentó la capacidad de sus sentidos.

Llegaron, por último, al claro donde había ocurrido el crimen. Estaba relativamente cerca de donde amarró el helicóptero, pero el camino seguido por Marina, daba vueltas y más vueltas.

Fue fácil identificarlo, porque había manchas de sangre y los restos de la hoguera encendida por el Jácare. A la vista de las trágicas señales, la mujer de Cruz sintió que vacilaba y estuvo a punto de caer. Larry la sostuvo.

—¡Vamos, valor! —animó con su simpática sonrisa—. Ya verá como ese sinvergüenza tiene su merecido.

Y, en cierto modo, no mentía, pues él se consideraba un sinvergüenza de signo distinto.

Se pusieron a la tarea de descubrir el camino que la expedición había seguido a partir de aquel punto. No era muy difícil, dado el número de personas que la componían.

Pero se detuvieron confusos, amedrentados, al comprobar que, rebasada una línea de palmeras, se ofrecía el pantano y que era por allí por donde habían ido.

—¡Demonios! —exclamó Rippie—. ¿Se habrán metido todos bajo el agua?

—Yo oí al doctor Breken decir que el lugar a donde nos encaminábamos se encontraba en el centro del pantanal y que sólo hacía un camino para llegar hasta ahí.

—Tendremos que volver a por los botes de goma —decidió Larry.

—Pero ahí no sirven —la voz de Kamp sonó rotunda—. Hay partes cubiertas por el agua, pero la mayor parte, por el fango.

—Bueno; ¿pues qué hacemos?

Larry era ingenioso. Su fama en los medios delincuentes provenía de aquella cualidad precisamente. Permaneció unos segundos reflexionando y dijo:

—Han debido seguir un camino, eso es seguro, y no debe estar lejos de aquí. Y han sido muchas personas con toda clase de impedimentos. Quiere decir, que frente a nuestros ojos, existe una parte de terreno firme, pero que somos incapaces de ver. Bueno; ¿por qué no cazamos un animal y le hostigamos para que huya en esa dirección? Seguro que él sabe escoger el camino.

Le miraron con cierta admiración, principalmente Marina. Y sin más, fueron a cumplir con su cometido.

X

«P ANITACUA», «La Cabeza del Gigante». El doctor Breken, generalmente incapaz de emocionarse, tenía brillantes los ojos azules y también Erika, su hija. Era cierto el relato de Torres, aquel paraíso que se alzaba en medio del pantano.

Un corto valle en medio de colinas. La selva había dado paso por allí a un bosque claro, con enormes castaños y cedros gigantes, milenarios. Y un lago de aguas profundamente azules, rodeado de carnaubas, con los clásicos penachos estremecidos por una suave brisa.

Dortaes examinó el sitio críticamente. No compartía aquel entusiasmo. Poseía ciertos conocimientos de geología y lugares como aquél le eran familiares.

Cierto que no podía negar las singulares características y hasta era perfectamente plausible que allí subsistiera una comunidad, condicionada por la limitación del medio.

Porque era una isla en medio del pantano. Y éste, a diferencia de lo que ocurre con los típicos de las cuencas del río Paraguay y Guaporé, que obedecen a las inundaciones periódicas de tales vías fluviales, era como un mar de légamo de gran profundidad y absolutamente inaprovechable para criar ganado o sostener cualquier peso en su superficie.

Estaba cubierto de forraje e incluso crecían en su superficie arbustos y matas diversas y en ciertas partes se convertía en laguna. Ánades, flamencos, ibis y garzas lo tenían como un coto propio.

Breken se dedicó con prisa febril en recorrer el lugar con objeto de descubrir los famosos restos de edificaciones de que hablaba el relato del guía de La Condamine. Dortaes percibió cierta tensión en el ambiente. Hubiera jurado que se iban a precipitar los

acontecimientos.

Y tuvo la plena seguridad cuando vio que el alemán se había detenido en el borde de un campo donde se levantaban los más altos cedros hasta formar como una especie de templo natural.

Al fondo de aquel campo, se veía un edificio. Un edificio con todo el aspecto de no contar más allá de unos años. Dortaes se imaginó la sorpresa, la consternación del alemán, similar a la que hubiera tenido Colón si al llegar a la tan ansiada tierra del Catay hubiera encontrado a sus compatriotas dedicados a comerciar con los salvajes.

—¡«Teufel»! —Se le escapó al científico—. Pero si...

Giró para mirar a su guía. El cazador se aproximó con lentitud.

—Refugio de evadidos de presidio —descubrió. Y en tono normal, bajo, añadió—: Doctor Breken, si le queda un resto de sentido común, compórtese como si se extrañara de que esa choza estuviera ahí.

—¿Por qué?

—Los hombres que le han traído aquí, tienen un solo objetivo. No les importa un rábano su colonia, sino ese descubrimiento con el que puede hacer tanto dinero como quiera.

—¿Insiste en...?

Breken era un admirable caso de barroquismo integral. Dortaes estuvo tentado de aplicarle un puntapié, pero se contuvo al ver que Erika se les juntaba y que su rostro expresaba una gran preocupación.

—Papá —dijo la valquiria—, creo que nos han traído a una trampa. Este lugar debía de ser conocido, por fuerza, por algunos de los hombres de la expedición.

—No lo comprendo.

—Tendrá que comprenderlo —intervino Dortaes, imprimiendo una mayor ferocidad en su acento—. Está aquí encerrado como en la mejor prisión, sin posibilidad de solicitar ayuda de poder alguno, como no sea el divino.

—Sabemos el camino para salir.

—Ese camino es bueno únicamente cuando todos están de acuerdo en utilizarlo. Pero arriéguese por él, con alguien que lo cubra con un buen rifle.

Semejaba que Breken iba percatándose de la importancia de su

situación. No obstante, no hubo necesidad de insistirle. El «Niño Jácare», seguido de sus incondicionales Correntes y Correhio, se adelantaba hacia ellos.

El bandido de la cicatriz, tenía una luz burlona en los ojuelos.

—Ya hemos llegado, doc —anunció—. El sitio es precioso, ¿eh?

—Niño —habló Breken con su tono más severo—, usted sabía dónde estaba este valle, incluso es posible que viviera en él no hace mucho.

—¿Curioso, verdad? No se lo voy a negar, doctor. Debe hacerse a la idea de que su famoso paraíso existe... sólo que en poder de la serpiente.

Se echó a reír.

—La serpiente somos nosotros —añadió.

—¡Es usted un bandido miserable! —Insultó Breken—. Un bandido y un asesino. Ahora sé quién asesinó a ese infeliz negro.

—No se equivoca, doc.

El Jácare había puesto veneno en sus palabras y su encanallado rostro se había endurecido, convertido en una mascarilla odiosa.

—Puede servirle de advertencia.

—¿Qué es lo que pretende?

Se habían acercado otros varios hombres. Todos armados con rifles y pistolas. Dortaes se encontraba impotente, pues tras su intento de fuga le había despojado de todas sus armas, y estaba constantemente vigilado.

No lo mataron, por la intervención nuevamente de la hija del doctor, pero quedó en calidad de prisionero. Y lo peor era que con su acto, perdió toda influencia con el científico y con Erika, y hubo de ver cómo marchaban a su perdición sin poder hacer nada para evitarlo.

Y ahora se encontraba reducido, a merced de aquellos cuervos. El Niño Jácare le observaba con su expresión zumbona. Gozaba con su triunfo.

—Es muy sencillo, doctor Breken —reveló—. Usted ha encontrado un procedimiento para fabricar diamantes. No lo niegue, porque, aparte de que lo ha contado a todo el que ha querido oírle, el hecho mismo de esta expedición lo demuestra. Nunca se hubiera aventurado a una empresa así sin contar con esos medios.

Hizo una pausa efectista, y añadió:

—No pretendo que me descubra fórmulas. Eso me deja frío. Quiero que fabrique para mí, doc. ¿Comprende? Estará aquí a mi servicio. A cambio, no me opongo a que haga todos los experimentos que desee con los tontos que acudieron a su reclamo.

Su risa se elevó como un gajo asustado.

—Si lo piensa, verá que incluso eso le conviene. Los paraísos deben tener una guardia. Nosotros montaremos la vigilancia y usted podrá trabajar tranquilo. Claro, que no deberá intentar jugarreta alguna.

—¿Y qué ocurrirá cuando tenga el número suficiente de pedruscos?

Había sido Dortaes el de la pregunta. El Niño le dirigió una especial, taladrante mirada.

—Nada. ¿Por qué iba a complicarme la vida? Pueden seguir aquí todo el tiempo que deseen.

Breken dejó escapar un suspiro. El cazador comprendió que de nuevo actuaba su naturaleza optimista y que se creía aquello. Era cruel, pero se apresuró a romperle el fanal de sus ilusiones.

—¿Quién piensa que se va a creer ese cuento, Niño? Sabe que en cuanto se conociera que alguien había inventado un procedimiento semejante, los diamantes valdrían menos que la dentadura de un burro muerto.

Se volvió para mirar a Breken.

—Supongo que ya se habrá desengañado. Todavía le queda una baza que jugar y es no hacer caso de este bribón, doctor Breken.

—¡Maldita sea!

El Jácare perdió su compostura. Se tiró para Dortaes con ansia de destruirlo. Pero aquello le puso al alcance de los puños del explorador, que tenía muchas cuentas que pasar.

Le fulminó un formidable directo al mentón, que le hizo dar varias vueltas en el aire y caer unas dos yardas de distancia.

Dortaes no se estuvo quieto a continuación. Estaba convencido de que de su rapidez en actuar dependía el que todos conservaran el pellejo. Saltó tras el bandido y se situó junto a Correntes.

—¡Mulo desgraciado!

Le aplastó un puñetazo en la agujereada faz. Y le arrancó el rifle de entre las manos conforme el ayudante del Niño Jácare reculaba,

tropezando, hasta caer sentado.

—¡Vamos! —gritó al doctor y a su hija—. No pierdan tiempo. Lléguese a dónde está el grueso de la expedición y cuente lo que ha pasado.

Comenzó a disparar al tiempo que decía aquello. Correhio brincó de forma rara y cayó a tierra, convertido en un rebujo. Otro bandido se dobló impresionadamente de costado y rodó luego como un tronco por una ladera.

El Niño se puso a gatas y echó a correr en dirección a unos matorrales, Dortaes no quiso esperar más. Había ganado aquel primer encuentro.

Comprobó que el doctor continuaba inmóvil.

Se puso a su lado y le propinó un colérico empujón.

—¡Vamos, idiota! —bramó—. ¿Todavía confía en que ese maldito tenga el corazón rebosante de bondad?

Como un autómatas, Breken se separó de aquel sitio. Le acuciaron en su retirada unos disparos que les hicieron entonces.

Dortaes se apartó de ellos y fue corriendo hacia donde estaban los matrimonios. Confiaba en que muchos de ellos fueran ajenos al complot del Niño Jácare. Varios hombres tomaron posiciones con las armas al verlo llegar.

Abrió fuego contra ellos. Y se metió entre los demás.

—¡Escuchad! —gritó—. Hemos caído en una trampa. El doctor Breken os lo confirmará.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó un negro joven, de rostro redondo como un coco.

—Todos los que no tengan que ver con el Niño Jácare, que me sigan.

Daba por descontado que entre ellos habría otros bandidos con no mejores intenciones que el Niño. Pero de momento era éste a quien interesaba anular.

Le impresionó el ver que sólo una quincena de personas se le unían y el resto iba retrocediendo, uniéndose al grueso de la tropa criminal. Cuando Erika y su padre estuvieron a su lado, se lo señaló con amargura.

—Fíjese. Éstos son los honrados, los buenos. Dieciocho personas en total contra cerca de un centenar. ¿Qué le parece eso?

Pero el silencio del alemán era su mejor respuesta.

XI

DORTAES dispuso inmediatamente un plan de acción.

—Debemos buscar un sitio donde podamos hacernos fuertes. En este terreno descubierto, seremos pronto eliminados. En mi opinión, lo mejor es dirigirse hacia aquella línea de colinas y escoger alguna elevación.

Señaló a las del costado derecho.

—¿Qué piensa que harán esos hombres? —inquirió Breken, que semejaba flotar en una espesa nube, sin entrar aún de lleno en la realidad.

—En cuanto se reagrupen, vendrán para atacarnos —aseguró el cazador—. Saben que el único obstáculo que les separa de la consecución de su proyecto somos nosotros y querrán eliminarnos sin remisión para quedarse solamente con usted.

—Por favor, padre —intercedió Erika—. Resulta pueril ponerse en estas circunstancias a discutir eso. Ya hemos visto de lo que son capaces esos bandidos.

Recomendación oportuna. Dortaes vigilaba hacia la parte donde se habían retirado los miembros de la expedición que había elegido el bando del Niño Jácare. Y vio que asomaban algunos hombres y corrían a situarse tras los troncos de los árboles.

—¡Vamos, de prisa! —apremió.

El negro que se le había dirigido, ofreciéndosele, se puso a su lado.

—Somos pocos y no tenemos armas, señor —expuso—. Cuando recapitulen sobre ello, nos freirán.

—No te preocupes ahora de eso, muchacho —le tranquilizó Dortaes.

Fueron a buen paso hacia donde él había indicado. De vez en

cuando, se volvía y hacía unos disparos, con lo que contenía a los más audaces del lado contrario.

Pronto alcanzaron el límite del valle y ascendieron por un terreno escarpado, dificultoso. Breken caminaba, macilento, murmurando algo entre dientes. Se notaba que la convicción de cuánto había pasado ahondaba en su naturaleza, le producía una revolución en su organismo.

Pese a lo cual, su sentido crítico de científico le hacía estar atento a los detalles y accidentes del espacio que recorrían. Fue él quien se detuvo de improviso y apuntó hacia un conglomerado rocoso.

—Ahora comprendo la existencia de este valle —pronunció con algo más de animación—. Se trata de un levantamiento de origen volcánico. Eso explica también el que posea un carácter tan diferente al resto. Es como una isla surgida en medio de un océano de barro.

Dortaes, más práctico, examinaba los pasos entre las colinas y cuanto pudiera brindarles un escondrijo seguro. También su mirada se sintió atraída por aquella reunión de rocas.

—Subamos allí —ordenó.

Para dar la razón a ambos, las enormes piedras ocultaban la boca de un volcán apagado. El lado opuesto a dónde ellos estaban era una pared casi vertical, con plantas de caroá y guaximas entre sus rendijas.

Pero lo interesante era que a mitad de su altura se formaba como una plataforma defendida por un baluarte. Y existía la posibilidad de escalar toda la pared hasta su altura.

—Es como si nos tuvieran preparado este sitio —comentó el negro, que se llamaba Cástor y que se había convertido en ayudante del explorador.

—Así es. No perdamos tiempo y subamos.

—Bueno. Yo treparé hasta la cima y veré si es fácil defender desde allí el que escalen por ese otro lado.

Lo hicieron con la mayor celeridad y hubieron de izar poco menos que a la fuerza al doctor Breken que se empeñaba en reconocer las plantas y minerales.

La plataforma aquélla daba a una caverna bastante espaciosa. Castor ascendió a lo alto. Le siguió Dortaes, que deseaba asegurarse

por sí mismo de la bondad del sitio.

La pared se cortaba a pico por su cara exterior, aunque podía subirse por ella y terminaba en una profunda boyra cubierta de árboles. En la copa de uno de ellos se distinguía el nido de un águila de cabeza blanca.

—Bueno; por lo menos, estaremos seguros en este puesto —expresó Dortaes—. Aunque si algo muy especial no lo remedia, de poco nos valdrá.

—¿Por qué?

El rostro redondo, agradable, de Castor reflejaba desconcierto.

—Muchacho —la mano derecha del explorador se apoyó en el hombro del negro—, ¿cuánto tiempo esperas que puedan resistir dieciocho personas sin alimentos y sin agua?

—¡Santo Dios! No habíamos caído en ello.

Pero Dortaes sí lo tenía previsto y sus ojos de ave rapaz escudriñaban el ámbito que se extendía ante él, calculando todas las posibilidades de aprovisionamiento. Se fijó en que dentro del cráter existía una pequeña laguna.

—Con un poco de suerte, quizá podamos aprovechar la noche para realizar alguna descubierta —dijo— y hacernos con alimentos y agua.

Lo repitió poco después a los demás en el sitio que habían escogido para hacerse fuertes.

—Será arriesgado, pero es nuestra única probabilidad.

—¿Qué piensa que harán esos hombres? —Erika le contemplaba con ansia—. ¿Nos atacarán?

—Desde luego. Pero creo conocer la psicología de ese Niño Jácare. Habrá visto, igual que nosotros, que sólo contamos con un rifle y un par de revólveres. Lógicamente, nuestra resistencia alcanzará el límite de nuestras municiones y de nuestra hambre y sed.

La rubia hija del doctor creyó adivinar alguna esperanza en el tono de Dortaes.

—Si es así —formuló—, ¿qué podemos esperar?

—No vamos a dejarnos matar como cochinos Tendremos que hacernos con provisiones y con medios de defensa. Ellos confiarán en nuestra pasividad, y ésa es la única ventaja que tenemos.

No quiso explicar que él se reservaba aquella parte de la

aventura. Había decidido girar una visita a los bandidos, en la noche, y arrebatarles varias armas.

—¡Si pudiéramos convencer a Pablo y Belén y...! —expresó Cástor.

—¿Quiénes son?

—Amigos. Se han ido con el Niño Jácare por miedo. Serían quince o veinte más. Los conozco bien.

—¿Y creen que van a obtener algo en compañía del Jácare?

Dortaes se echó a reír.

—Pronto sabrán la clase de criminal que es. Sacrificará incluso a los suyos. Quiere los diamantes que le pueda fabricar el doctor y nada más. Y cuando los tenga en su poder, sabe que su valor se acrecentará cuantos menos sean los que queden y den fe de semejante historia.

—¡Por favor!

Había sido Erika. Dortaes la contempló con rabia y conmiseración a la vez. Todavía no se percataban de verdad de la situación en que se encontraban y hasta era posible que le hicieran responsable de ella.

—El Jácare —relató Cástor— corrió la voz entre nosotros de lo que nos ocurriría si no nos poníamos de su parte. Por eso mis amigos se fueron con él. Fue a partir de la muerte de Cruz Mendoza.

—Bueno. Pues que recen porque encontremos algún medio de ayudarlos antes de que sea demasiado tarde.

Como un eco a sus palabras, se oyeron unos tiros y dentro del cráter se extendieron unas figuras que corrieron a esconderse tras los troncos de los árboles.

—Ahí están. Nos pondrán cerco alrededor.

Dortaes asomó por encima del baluarte rocoso el rifle y disparó a su vez. Lanzó una carcajada de satisfacción al comprobar que había acertado en uno de los bandidos y su cuerpo se desprendía del árbol que le ocultaba, como una rama desgajada.

—Eso les detendrá.

Así fue. Prudentemente los atacantes se retiraron y tomaron posiciones en el extremo opuesto, en la entrada del cráter. De vez en cuando hacían un intento para colarse, pero bastaba un certero disparo para contenerlos.

Y por la parte externa, ocurrió igual. Así fue transcurriendo el

día. Cástor, junto con los otros jóvenes del grupo —siete hombres y ocho mujeres— se dedicaron a preparar unos primitivos proyectiles a base de piedras que transportaron hasta la cima.

Breken y su hija revisaron a conciencia la caverna. Y para la máxima estupefacción de Dortaes, el alemán se mostró entusiasmado al encontrar unas pinturas hechas en las paredes.

—¡Son auténticas! —gritaba—. Esto prueba que...

—¡Maldita sea! ¿Qué importa eso ahora?

Breken fulminó con la mirada a su guía.

—Eso es lo que importa más, aunque no lo crea. La ciencia puede tener con esto fundamento para establecer una nueva teoría respecto del origen del hombre americano. Si encontrásemos restos de huesos, alguna mandíbula...

—No se preocupe. Los próximos científicos que vengan aquí, encontrarán esos huesos sin duda. ¡Los nuestros!

Se retiró, bufando. Erika fue a su lado.

—Le ruego que perdone a mi padre, Alfonso. Pero usted debe esforzarse en comprenderlo. Su mundo ha estado siempre entre frascos y tubos de cristal, aislado de las personas, que para él han tenido el valor de los elementos que manejaba en su laboratorio.

El cazador la examinó con intensidad. Y sintió un repeluzno. En su opinión, no había derecho a que una mujer poseyera tal belleza. Nada bueno podía derivarse de ello. Al menos, para su tranquilidad.

—Me hago cargo —replicó—. Pero su padre tiene que hacer también un esfuerzo y concentrarse en su problema actual. Las personas no somos microbios. Yo no soy un microbio. Y usted mucho menos.

No pudo impedirlo. La sujetó por el tallé y la atrajo contra su pecho. Y la besó. No se asombró de que cuánto había imaginado acerca del placer de aquel acto, se confirmara.

Al soltarla, Erika tenía una luz especial en sus grises ojos y las mejillas se le habían arrebolado. Pero Dortaes juraría que no había enfado en su expresión y que se esforzaba en mostrarse dura.

—No sé qué diferencia encuentra entre que mi padre se entusiasme por unas pinturas rupestres o lo que usted hace —manifestó.

Y se sonrojó aún más.

XII

EL animal que sirvió de guía a Larry y sus amigos fue un «aguarachay», un zorro que, acorralado contra aquella parte del pantano, no dudó en precipitarse por cierta estrecha franja de hierba, que, a simple vista, apenas se diferenciaba de lo demás.

Las siete personas fueron en su seguimiento. Y pronto pisaron sobre terreno firme. Sin aquel procedimiento —que Larry dedujo de una forma instintiva, y que era también el que sirvió al Niño Jácare cuando huía de la Justicia—, resultaba casi imposible dar con el camino.

La zigzagueante silueta del zorro les condujo hasta la parte de terreno elevada que constituía una isla en medio del pantano. Llegaron por la tarde, poco antes de que el sol desapareciera.

Y a sus oídos llegaron los sonidos de detonaciones.

—¡Demonios! Parece que hay fiesta mayor —exclamó Menzies.

—Quizá hayamos llegado en el momento oportuno —expresó Larry—. Debemos actuar con cuidado, amigos.

—En mi opinión —dijo Kamp—, lo mejor sería unirnos con el doctor Breken cuanto antes. Puede que nuestra presencia le haga mucha falta.

—Sí.

Se deslizaron sigilosamente, prevenidos por aquellos disparos. Rodearon una colina y pronto se asomaron al valle. Distinguieron las personas que se movían en su centro, algunas de las cuales se dirigían hacia un punto situado al otro lado de donde ellos estaban.

La ágil mente de Larry situó en su papel a los seres humanos aquéllos.

—Está claro que Breken y sus partidarios deben haberse retirado a un lugar situado detrás de aquellos montes. Y éstos se disponen a

caer sobre ellos.

Se volvió a Marina, que contemplaba el espectáculo con ansiedad.

—¿Sabe usted quién pueda haberse unido a Breken? ¿Tenía amigos, aparte de ese Dortaes?

—No tengo la menor idea. Pero Cruz, mi marido, me habló de que Dortaes quería hacer una investigación para conocer cuántos de los expedicionarios eran leales al Niño Jácare y los que no.

No era cuestión a dilucidar en aquel momento.

—Propongo que rodeemos el valle, aunque nos lleve más tiempo.

Kamp, de quien habían partido aquellas palabras, daba muestras de estar dominado por una gran excitación, lo que contrastaba con su naturaleza calma, flemática.

—¿Y por qué no esperamos a que sea de noche totalmente?

—No, no. Ahora. Cuanto antes.

Fueron con la máxima velocidad que les permitía el camino que seguían. Y subieron al cráter justo cuando se generalizaba el ataque de los hombres del Niño. Aparecieron por uno de los lados que, en su ignorancia de las cosas de la selva, atacaron sin vacilar, abriéndose paso por entre ramas y troncos.

No supieron que utilizaban la senda abierta hacía poco por el oso hormiguero, el respetable fantasma del bosque brasileño. De lo contrario, hubiesen tardado casi un día entero en recorrer el corto trecho.

El resplandor crepuscular les mostró el escenario de la lucha. El Niño Jácare había ordenado una batida a lo grande. Cincuenta hombres habían penetrado en el cráter y disparaban contra la fortaleza natural que cobijaba al doctor y a los suyos.

No era necesaria mucha perspicacia para comprender cuál era el cuadro de los combatientes. Larry hubiera querido reflexionar antes de tomar partido, pero Kamp no le dio opción.

Apretó el gatillo contra los bandidos. Y tenía una mortífera puntería. Dos hombres saltaron picados por el alacrán de la muerte. El ruido de las armas era un incentivo al que no podían resistirse los compañeros del «Simpático».

Hicieron funcionar sus rifles. Y unido a que eran profesionales, la sorpresa, dejaron media docena de atacantes muertos o mal

heridos. Y obligaron a una fuga vergonzante de los demás.

En el puesto defendido por los de Breken se dieron cuenta. Erika fue la primera en gritar con alborozo:

—¡Ayuda!

—Eso parece —confirmó Dortaes, con su natural tono cauteloso—. Y muy oportuna. Están allí, sobre aquel reborde.

Salió friera del burladero de piedra y agitó su rifle en el aire. Correspondieron al saludo.

—Vienen hacia acá. Debemos procurar cubrir su marcha.

Sin embargo, pudieron llegar hasta la caverna sin hostigamiento por parte de los bandidos, posiblemente tan asustados por la inesperada intervención, que incluso estarían haciendo preparativos para marcharse del valle.

Hubo una presentación general. Y Breken estuvo fijo durante más de un minuto en la figura de su compatriota, Kamp.

—Juraría que...

—Nos conocemos ya, doctor. Hace unos años en Sao Paulo, ¿no recuerda?

Marina contó cuánto había pasado en la famosa noche del asesinato de su marido.

—¡Fue ese Niño Jácare, fue él! Mi marido, Cruz, le acusó de querer engañar a todos los de la expedición y...

—Está bien, Marina; cálmate.

Erika se la llevó consigo. Quedaron los hombres, que se examinaban con atención. Dortaes experimentaba la indefinible sensación de que algo no iba bien. ¿Qué hacían aquellos hombres en el Amazonas?

Hizo la pregunta.

—Trabajo de reconocimiento —explicó con desenvoltura Larry—. Puede que haya petróleo en alguna parte de la selva.

Añadió que formaban parte de un grupo más numeroso que trabajaba a las órdenes de una poderosa compañía yanqui. Era una explicación plausible, pero el cazador se fijaba en la forma como sostenían los rifles.

Y, sobre todo, en la especulativa, calculadora luz de sus miradas, que tomaban nota de todos los detalles del sitio.

—Ha sido espléndido su gesto de venir a salvarnos —manifestó con cierta ironía—. Dicen que cuentan con un helicóptero, y me

pregunto por qué no se llegaron a Manaos a solicitar el concurso de las autoridades.

Hubo como un encabritamiento común de las mentes de aquellos individuos. Y Breken contempló con estupor a su guía.

—No le entiendo —dijo Larry.

—No me haga caso —se apresuró a tranquilizarlo Dortaes—. Únicamente me ha extrañado que ustedes, que necesariamente deben conocer poco de la selva amazónica, se hayan aventurado sin más ayuda a semejante aventura. Pero eso sirve para que su acto sea aún más meritorio.

Su faz se conservaba perfectamente seria. Pero no cabía duda de su reticencia. No obstante, tuvieron que suspender la discusión. Una lluvia de balas cayó entonces sobre la pared rocosa que les servía de escudo.

—¡Condenación! Vuelven.

Se inclinaron y fueron a ocupar puntos en el parapeto. En efecto, difuminados por la neblina que rápidamente se extendía por la atmósfera, se veían las figuras de los bandidos que atacaban.

Seguramente el Niño Jácare les había convencido de que no eran sino unos pocos los del refuerzo. Y de la necesidad de abreviar lo más posible la resistencia, por si acudían más.

Esta vez se notaba que los atacantes se movían con mayor precisión y afinaban la puntería.

A los diez minutos escasos del tiroteo, Rippie recibió un balazo en el pecho que le hizo retroceder y pegarse a la pared de roca, junto a la que cayó, sentado, con el rostro blanco, escurriéndosele de la boca una saliva sanguinolenta.

Kamp se retiró, igualmente, con un proyectil en un hombro. Larry fue con él y le ayudó a curarse.

—Esto se pone feo. Ese Niño cuenta, con muchos hombres.

—Podemos resistir aquí todo el tiempo que sea necesario —refutó Kamp, que escrutó a su compañero con suspicacia.

—No podremos, Kamp. Ese maldito nos tiene acorralados. Y no hay armas suficientes y, menos, provisiones. ¿Cómo vamos a resistir?

—¿Qué propones?

—Ese Niño Jácare persigue lo mismo que nosotros. ¿Por qué no un acuerdo? Tenemos al doctor con nosotros y...

A Kamp le brillaron los ojos salvajemente.

—¡Condenada sea tu piel, Larry! —Silbó por entre dientes—. Eres un sucio asesino. Ya en el atraco al banco de Chicago nos comprometiste estúpidamente, matando al policía aquél.

—¿A qué viene ahora eso? Tú sabes que fue necesario. Vio mi cara.

—Sí. Pero tú no pensaste en que igual que él te vieron otros muchos y, por consiguiente, era estúpido matarlo. Y ahora quieres que nos unamos a unos asesinos que...

Tras la apariencia sonriente de Larry se ocultaba una dureza de diamante. Kamp la observó en las frías pupilas que le estudiaban.

—Kamp, todo eso es idiota. Hemos venido aquí a por ese secreto. Pues bien: lo tenemos al alcance de la mano. ¿Vamos a dejarlo perder?

—Si nos unimos a ese Jácare, será la muerte para todos los acompañantes del doctor, incluso para las mujeres. ¿O cuáles crees que son sus intenciones?

Larry se encogió de hombros. Le resultaba, en cierto modo, divertido que aquel pesado alemán, causante de cuánto hacían, revelara un fondo tan sentimental.

—Bueno; como quieras, Kamp. Aguantaremos lo que podamos. Pero creo que lo mejor sería negociar. Al final, nuestra posición será la misma que la de ese Niño Jácare. Y, por si no te has dado cuenta, ese cazador, el tal Dortaes, sospecha de nosotros.

Dirigió los ojos hacia la parte donde Dortaes conversaba con Breken. El doctor le hablaba con cierta irritación:

—No ve sino criminales por todas partes, Dortaes. Estos hombres nos han salvado. ¿No es verdad?

—Sí..., momentáneamente. Pero no me gusta la historia que cuentan, que tiene menos consistencia que un castillo de arena en la playa.

—¿Piensa entonces que han venido aquí con la misma idea que ese Niño Jácare y los otros?

—Eso es. Han venido buscándole, doctor Breken. A la Babel que usted intenta elevar en medio de la selva. Y las Babeles atraen siempre a los criminales, no lo olvide. Piensan que es terreno nuevo para sus fechorías y que contarán con una gran impunidad. Usted les ha puesto un cebo irresistible.

Erika se colocó al lado de ellos. Su rostro serio denotaba la preocupación que sentía.

—Padre, ¿y si les dijeras a todos la verdad?

—¿La verdad?

—Sí. Si les dijeras que no existe tal descubrimiento para fabricar diamantes y que has invertido toda tu fortuna en esta empresa y que les has dejado creer en lo de tu secreto para que te siguieran.

Si los dientes de Dortaes hubieran sido falsos, seguro que se le caen de las encías, pues abrió la boca hasta dar la impresión de que iba a juntar con las cejas el labio superior.

XIII

QUIZA Larry se hubiera conformado a soportar un sitio prolongado de no ser por la intervención del Destino en forma de menudo trozo de plomo que vino a introducirse en la cabeza de Kamp a poco de sus palabras con el rubio.

El ataque de los bandidos no parecía disminuir. Larry se acercó a Breken y le espetó:

—Doctor Breken, la situación es francamente mala. Si esos hombres mantienen el fuego durante toda la noche, impidiendo que se pueda salir a por provisiones, no quedará otro remedio que...

La realidad era ésa y Breken asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Qué se le ocurre a usted?

—Deberíamos hacer un intento de parlamentar con esos hombres y saber cuáles son realmente sus condiciones.

Dortaes, que se hallaba presente, con la cabeza vendada con su propio pañuelo, pues le había rozado una bala, hizo una mueca desdeñosa.

—Es inútil ir a preguntarle a los lobos lo que quieren —expresó—. Por mucho que tengan hombres y armas, aquí no pueden llegar. Y aún sin alimentos y agua, podemos resistir un par de días. En ese tiempo pueden ocurrir muchas cosas.

—¡Es una locura! Nos exponemos a morir sin remisión, a que nos maten a todos.

—Bueno. De todas formas, eso iba a ocurrir.

Inesperadamente, Breken se puso de parte de su guía.

—Creo que lo mejor es esperar —resolvió.

Pero aquello no podía satisfacer a Larry, que no tenía deseo alguno de comportarse como un héroe. No se había enterado

todavía de la terrible verdad, o sea que no había tal procedimiento de fabricar diamantes. Los demás, sí, que acogieron la noticia con indiferencia.

Larry volvió junto a sus amigos. Y les expuso el asunto con claridad.

—No nos queda otra cosa que hacer, muchachos. Kamp la ha diñado y estamos libres de actuar como nos parezca. Resultaría idiota que hubiéramos corrido tantos riesgos para dejar escapar ahora el premio.

—Bueno; nosotros tenemos las armas, ¿no?

Las palabras de Menzies situaban el caso en sus justas proporciones. Ellos contaban con las armas y con la decisión de emplearlas.

—En efecto, Bud. Y no podemos perder un segundo más. Nos haremos dueños del cotarro y concertaremos un acuerdo con ese Niño Jácare.

Por el momento se había suspendido el tiroteo y lo aprovecharon. Fueron hacia donde se encontraban el doctor Breken, Erika y Dortaes con Cástor y Marina y otros expedicionarios.

Larry se aproximó como al descuido al costado del explorador y, seguidamente, se precipitó de un salto sobre él y le arrebató el rifle, retirándose y encañonándolo.

—¡Quietos todos! —conminó.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué hace eso?

Breken reflejaba el mayor desconcierto en su rostro. Erika había contenido un grito al ver el ataque del rubio contra Dortaes.

—No se preocupe, doc. Si me hace caso, no le ocurrirá nada. Pero le dije que no era posible sostener esta defensa. Es necesario hablar con ese Niño Jácare y...

—¡Pero si es un asesino! —saltó, impulsivamente, Marina.

Larry le dirigió una mirada especial.

—Bueno. Pero un asesino que nos tiene encerrados en este sitio y que puede terminar con todos nosotros. Lo mejor, doc, es que le dé lo que pide. Yo iré y le haré la proposición de que, a cambio de que les deje marchar, usted le entregará el secreto ese para la fabricación de diamantes.

Dortaes se había repuesto del encontronazo. Vio que Breken iba a descubrir la verdad sobre aquello y se apresuró a intervenir.

—¿Y cómo sabe eso? ¿Por qué cree que el Niño Jácare es ese secreto lo que busca?

Larry se mordió el labio inferior y cargó de rayos verdosos, letales, sus ojos.

—¡Maldita sea! Todo el mundo está enterado.

—¿Por qué no dice la verdad? ¿A qué viene tanto fingimiento si el resultado será el mismo? Ustedes vinieron al Amazonas buscando ese secreto, ¿no?

—¿Y qué si así fuera?

Larry apuntó hacia el doctor Breken.

—Está bien; queremos que nos revele ese procedimiento, doc. No le queda opción. Eso, o la vida de todos, incluyendo, claro, la de su preciosa hija.

—¡Canalla!

Breken hizo ademán de tirarse contra el rubio, pero fue Dortaes quien le contuvo.

—No es mala proposición, si el Niño Jácare la acepta —dijo, y obtuvo una mirada de asombro y horror por parte de Erika y de su padre.

—Pero si usted sabe que... —Inició una explicación Breken.

—No se haga ilusiones, doctor —le interrumpió nuevamente el explorador—. Es preciso inclinarse ante las realidades. Estos hombres nos tienen en su poder y están decididos a pactar con el Niño Jácare. Pero ese pacto puede resultar lo más inconveniente.

Se encaró con Larry, que le examinaba recelosamente.

—Amigo, el doctor Breken está dispuesto a revelar su secreto. Pero ¿a quién? ¿A ustedes? ¿Y qué dirá el Niño Jácare de eso? Primeramente, tendrá que ponerse de acuerdo con él. Y que él acepte repartirse los beneficios con otros. Vaya, pues, y hable con él.

Todavía Larry le contempló un buen rato, sin decidirse.

—Está bien —dijo, por último—. No piense que podrá engañarnos. ¡Vigilad vosotros! Se llegó al borde del parapeto. Un resplandor en el horizonte anunciaba la próxima aparición de la luna. Posiblemente los hombres del Jácare hubieran dejado de disparar en espera de que el astro de la noche iluminara el campo.

Larry hizo bocina con las manos y llamó:

—¡Niño Jácare! ¡Niño Jácare! Quiero hacer un trato contigo.

Hubo de repetir varias veces la llamada.

—¿Quién eres tú? —Se elevó, al fin, una voz del fondo del cráter.

—Soy Larry y he venido al valle a por lo mismo que tú. Tengo al doctor y a su hija prisioneros. Y están dispuestos a...

—Ven a reunirme conmigo —le cortó aquella voz.

Larry no tenía nada de cobarde, pero sintió un escalofrío. Miró a su alrededor y observó que las caras de sus compañeros se contraían con gestos de desagrado.

—¡Está bien! —gritó—. Voy.

Descendió al fondo y fue avanzando hacia la salida. Al llegar cerca de un grupo de árboles le salieron al encuentro varias figuras que le apuntaban. Levantó los brazos.

—Quiero ver al Niño Jácare.

—Sigue.

El cuartel del bandido se encontraba tras las rocas que ocultaban la entrada. Habían encendido una hoguera. Los ojos de Larry se fijaron, primeramente, en un montón de cuerpos, a un lado, donde el resplandor de las llamas apenas llegaba.

Lo que llamó su atención fue el ver que, junto a cadáveres que presentaban heridas de armas de fuego había otros con las cabezas tronchadas, viéndose los profundos cortes de la degollación.

Su aprensión subió de punto. Luego, se fijó en el jefe de la tropa de criminales que le observaba con su cabeza ladeada, mostrando la fea cicatriz.

—Bonito cuadro, ¿eh? —habló con su voz oscura, dificultosa—. Hubo que apiolarlos, y eso que no hacían nada, pero estorbaban. Yo soy así.

Calló tras dejar oír una risotada. Larry estudió a los dos tipos sentados a derecha e izquierda del bandido. Dos muestras excelentes de la delincuencia del país.

—¿Qué trato es ése? —demandó el Niño Jácare—. No hay trato que valga. Puedo eliminaros a todos. ¿Está claro?

—Es una estupidez —fanfarroneó Larry—. ¿Por qué crees que hemos venido nosotros? Ese camino lo saben ya otros muchos.

—¡Bah! Fue esa mujer, la esposa de Cruz Mendoza, quien os trajo. Y si hubierais sido más, estaríais todos aquí.

A Larry no le gustaba como se presentaban las cosas.

—Haces muchas deducciones, pero tu cerebro no funciona bien, Niño. Esa mujer nos contó quién eras tú y tus proyectos. ¿Íbamos a ser tan estúpidos como para meternos aquí sin tener cubiertas las espaldas? Por si no lo sabes, te diré que sabemos algo de estas cosas.

Hizo la enumeración de sus méritos. No parecía que sus interlocutores se hubieran impresionado por ella. Tres carátulas a las que la iluminación del fuego proporcionaba unas contracciones demoníacas.

—Todo eso es cuento —sentenció el Niño Jácare—. Y no me importa. Pero accederé a que os unáis a nosotros, siempre que nos traigáis al doctor y a su hija. En cuanto a ese Dortaes y los otros...

Hizo el gesto típico de rebanar un cuello. Larry sintió que se le enfriaba el sudor, pero intentó sonreír.

—¿Quieres, decir que los matemos nosotros?

—Naturalmente. ¿No querréis dejamos ese trabajito también?

Larry volvió a sonreír de un modo abyecto. Y su cabeza se inclinó en señal de asentimiento. No en balde había pasado toda su vida entre criminales para no conocer el valor que tenía la promesa del Niño Jácare.

Pero confiaba en engañarlo en su momento. Confianza, después de todo, que era la misma que tienen todos los bandidos y que les mantiene en continua vigilancia de sus actos e intenciones.

Cuando se retiró, seguido de la burlona mirada del Jácare, ideaba que sería una gran cosa que él se enterara antes que nadie del secreto de fabricación de los diamantes, suprimiendo, claro estaba, a la fuente de información, o sea al doctor Breken y a su hija, aparte de los otros expedicionarios.

El Jácare tendría entonces que pactar exclusivamente con él. Y ésa sería su fuerza y el medio para engañarlo.

No le inquietaba ninguna otra cosa. Se sentía totalmente desligado de su sitio de origen y de las posibles consecuencias de sus actos. La selva aquélla y, en mayor escala, las nuevas y modernas ciudades del Brasil, era un buen refugio. No era posible que fueran a buscarle las autoridades de su país.

Y, desde luego, no pensaba regresar a los Estados Unidos, donde su cabeza estaba puesta a precio. Una vez que hubiera obtenido el fruto de sus pacientes trabajos en búsqueda de aquel «vellocino de

oro», la vida con todos sus placeres sería suya.

Le ensombreció algo tan rosa porvenir el pensar en sus compinches. Pero en seguida se le impuso la idea de que tendría que engañarlos también.

Llegaba ya cerca de la pared que tenía que escalar cuando la luna asomó su faz amarillenta e inundó el panorama con su resplandor intenso. Los gritos de las aves nocturnas y el lejano rugido de un jaguar orquestaron la súbita, mágica, aparición.

Y en aquel mismo instante tres personas rodearon a Larry y una de ellas le apoyó la mano sobre el hombro y dijo:

—Quedas detenido, Larry Creven, o «Simpático Larry», por el asesinato del policía Stephen Molí en el asalto cometido contra la sucursal del «Cícero Trust Company»...

Las palabras aquellas eran como martillazos en las sienes del «Simpático Larry», que tenía la sensación, por otra parte, de soñar.

—¡Maldita sea! —Sacudió la mano que le retenía—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué broma es ésta?

—Ninguna broma, Larry. Somos agentes del

F. B. I.,

y pensamos llevarte a Chicago para que te juzguen por ese asesinato.

Larry permaneció unos instantes inmóvil, encogido, como una alimaña agazapada, y, bruscamente, saltó en el aire y echó a correr hacia el campamento del Niño Jácare.

XIV

—¡CONDENACION! —soltó Ceres—. Ese maldito dará la voz de alarma y hará que todos los bandidos escapen.

—No hay cuidado por esa parte —dijo Guacis, con una sonrisa—. Le recuerdo que somos tres policías contra cerca de un centenar de bandidos.

—Bueno. Lo cierto es que tenemos que buscar a ese Larry —decretó Shevers con entonación rotunda—. Todo nuestro cometido se vendrá abajo si consigue huir.

—Antes conviene que nos unamos al doctor Breken. Ya oyó lo que decían, que estaban prisioneros.

Porque, guiados por los chavantes, habían llegado al valle. Por fin, Guacis consiguió que Chorén, el jefe, se echara atrás en su petición de marido para su hija, a cambio de todo un botín que esperaba conseguir de los bandidos.

Y se habían deslizado hasta el campamento del Niño Jácare, sorprendiendo la conversación entre Larry y él.

Con toda precaución escalaron la pared y se presentaron ante los atónitos ojos de los ocupantes de la caverna.

—¡Suelten los rifles y las pistolas! —conminó Ceres, que apuntaba con el rifle ametrallador de que se había provisto para la expedición más arriesgada de toda su vida policial.

Los compinches de Larry vacilaron unos segundos. Dortaes emitió un silbido que estaba de acuerdo con los estupefactos rostros de los otros.

—Somos agentes del
F. B. I.

—se presentó Shevers—. Y quedan detenidos, amiguitos, y volverán con nosotros a Chicago.

Aunque se expresaban en inglés, tanto Dortaes como Breken y su hija les entendieron perfectamente. Los rifles fueron cayendo a los pies de los criminales con, pausado ritmo.

—¡Agentes del

F. B. I.!

Pero...

Fue Guacis quien suministró la debida explicación.

—Yo soy inspector de la Policía brasileña, doctor Breken. Estos hombres han venido a detener a un tal Larry y a sus amigos, que cometieron un atraco en Chicago y dieron muerte a uno de los vigilantes del banco. En cuanto a mí, estoy aquí... por usted.

—¿Por mí?

—Eso es. Mi gobierno considera muy pernicioso ese procedimiento que parece ser ha encontrado usted para fabricar diamantes... o convertir los pequeños en grandes. Y, por otra parte, sospechaba que se encontraría usted en apuros tras pregonar tanto sus ideas.

—¡Vaya! Esto sí que es bueno.

Breken se echó a reír. Una risa incontenible, de alemán borracho de cerveza. Los agentes le contemplaron con asombro y cierta molestia. Erika se juntó a Dortaes y apoyó los dedos de la mano en su brazo.

—Tengo miedo, Alfonso. Parece que todo el mundo se ha dado cita en este valle, pero lo cierto es que los bandidos continúan teniéndonos encerrados.

—Tranquilízate, Erika. La situación es apurada, pero algo me anuncia que la presencia de la Ley siempre resuelve todo, aunque se encuentre con inferioridad de medios.

Guacis le dedicó una mirada de reconocimiento. Breken fue apaciguando su ataque de hilaridad.

—Alfonso Dortaes, ¿verdad? —inquirió el policía brasileño—. Bueno, amigo, ¿a qué espera? Provéase de un arma de ésas y deles las otras a sus amigos. Tendremos que salir de aquí en seguida.

—¿Cree que nos dejarán?

—Pues... ya veremos.

Dortaes no se hizo repetir la indicación. Pronto los rifles de los atracadores chicaguenses pasaron a manos de Cástor y de los otros hombres, que habían sido mermados en dos de ellos por los

disparos de los bandidos.

Menzies, Rubenoff, «Didi» pasaron a un rincón de la caverna tras el concienzudo cacheo a que fueron sometidos. Guacis preguntó a continuación a Breken:

—¿Qué le hizo tanta gracia de mis palabras?

—Mi padre, inspector —fue Erika quien contestó—, consideraba gracioso que su gobierno se preocupara por ese procedimiento. Y la razón es que no hay tal procedimiento. Cuando se convenció de que nunca conseguiría fabricar tales diamantes, mi padre, que, mientras, había hecho mucho dinero con otras aplicaciones industriales, decidió poner en marcha su idea de la comunidad ideal.

—Ajá. Esa noticia bastaría para terminar con el Niño Jácare. Bueno; salgamos de este agujero.

Sin dudarlos más, emprendieron la marcha. Los tres detenidos fueron obligados a marchar delante.

Ya abajo, Ceres se colocó junto a Guacis y le interrogó:

—¿Cómo espera que nos reciban esos bandidos?

—A tiros... lo más seguro. Pero debemos darles esta oportunidad de que se rindan.

Extrañas palabras para el reducido grupo. Pero los tres policías continuaron su avance, imperturbables, seguidos por los restos de la fracasada expedición de Breken, que marchaban con el estómago estrujado.

Guacis se detuvo de repente, se puso las manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Niño Jácare! Soy el inspector Guacis y te ordeno entregarte sin ofrecer resistencia. Conmigo vienen dos agentes del

F. B. I.,

que buscan a Larry Creven. Se ha refugiado con vosotros.

Hubo un silencio impresionante tras su advertencia. Era como si hubieran desaparecido todos los bandidos. Guacis dio varios pasos más al frente. Ceres y Shevers fueron tras él, apretando las armas con fuerza.

De repente, se elevó un extraño chillido cerca de la entrada del cráter. Y una figura surgió de entre los árboles y corrió hacia ellos.

Reconocieron a Larry, pero un Larry enloquecido, que tropezaba en su fuga y caía, para levantarse como si le auparan unas manos gigantes. Sonaron disparos y se le vio dar varias vueltas y

precipitarse de cabeza contra el suelo a unas cien yardas de donde le esperaban los policías.

—¡Ahí tenéis a vuestro hombre! —resonó la voz del Jácare, seguida de una risotada—. ¡Venid a por nosotros sí podéis!

—¡A tierra! —ordenó Guacis y dio el ejemplo—. Hacia los árboles.

Se deslizaron, arrastrándose, al punto que señalaba el policía. Una lluvia de balas cayó hacia aquella parte.

Dortaes sintió que Erika se pegaba a él.

—Es espantoso —susurró—. No comprendo por qué...

Dortaes le pasó su brazo por sobre los hombros y la besó ligeramente en la sien.

—Alguna razón tendrán para actuar de la forma que lo hacen —dijo—. No creo que vayan a creer, de verdad, que con avisos se puede obligar a ese Jácare.

Para darle la razón, en aquel momento Guacis reculaba hacia donde estaban ellos.

—No se muevan —repitió—. Esos idiotas lo quieren así, peor para ellos.

Se puso en pie de un salto y se metió entre varios árboles.

—¿A qué se referirá? —Tremoló la voz de la valquiria.

—Esperemos.

Transcurrieron casi unos cinco minutos. Continuaban rasgando las tinieblas los disparos y empezaron a verse las figuras de los bandidos que avanzaban cubriéndose con los troncos.

Y, de repente, el bosque entero pareció estremecerse, estallar. Era un fantástico espectáculo el de las luces que atravesaban la atmósfera. Una infernal gritería se levantó de entre los bandidos.

Y otras figuras comenzaron a inundar el terreno, silenciosas, mortíferas figuras, apenas vestidas, que se deslizaban con rapidez y lanzaban aquellas flechas ardientes.

Varios hombres corrieron por debajo de los árboles con los trajes convertidos en una antorcha, gritando, enloquecidos.

Guacis volvió junto a Breken y los suyos.

—Retirémonos de aquí —dijo—. No tenemos nada que hacer.

Los condujo hacia la salida del cráter.

—Los chavantes son malos enemigos, por no decir los peores enemigos.

—No sabía que les tenía preparado ese final —se quejó Ceres.

—¿Esperaba que fuera tan tonto de meterme en esta trampa sin haberme cubierto la salida?

Pronto dejaron atrás el teatro donde se desarrollaba la tragedia. Alcanzaron un sitio despejado e hicieron alto.

—Podemos ir preparando alojamiento a los bandidos que vendrán, huyendo de la escabechina. —Guacis semejaba estarlo pasando en grande son todo aquello—. Y eso saldrán ganando.

—¿No teme que los indios quieran extender hasta aquí su ataque?

Breken se había convertido nuevamente en el científico.

—Los chavantes, querido doctor, tienen en gran medida desarrollado el sentido del honor. Cumplen sus compromisos, pero no quieren a los extranjeros. El mejor pago que podemos darles es dejarles tranquilos.

—Es muy interesante todo eso.

Pronto se hicieron realidad las palabras del policía. Muchos hombres y mujeres fueron llegando hasta donde se encontraban ellos. Los desarmaban y reducían, colocándolos juntos a los tres yanquis detenidos.

Al amanecer, todo había terminado. Unas veinte personas habían escapado de la espantosa matanza. Muchos indios pagaron también con sus vidas.

Guacis se dirigió al doctor Breken y le expuso la situación:

—Doctor, ya ve en qué ha parado su famosa aventura. No creo que el porvenir de la humanidad esté en que haga experimentos en medio de la selva. Por una ley inexorable, las selvas tendrán que desaparecer, puesto que no cumplen con ningún fin práctico, es mejor que dedique su indudable inteligencia y conocimientos a colaborar en el desarrollo de este país, del suyo y nuestro, doctor, donde sí que se crea una raza nueva y donde tantas ocasiones hay de prestar servicio a la humanidad.

Fue, en verdad, un hermoso discurso. Y los ojos del inspector se fijaban, mientras hablaba, en la pareja que formaban Erika Breken y el cazador, Alfonso Dortaes. Y para su regocijo, captó la mirada con que envolvía a la cuarterona, Marina, el fornido agente del

F. B. I.,

Paul Shevers.

—Me gustan sus palabras, inspector —respondió Breken—. De todas formas, creo que merece la pena abrir en el corazón de la selva la esperanza de la civilización auténtica. Yo me quedaré en este valle y con migo los que quieran.

Añadió, tras clavar sus azules oídos en el grupo de personas a que había quedado reducida su caravana:

—Incluso me gustaría pedirle, puesto que ya han visto lo sucedido, que diera la oportunidad a esos hombres y mujeres de proseguir a mi lado. Este valle reúne óptimas condiciones para erigir una comunidad. Y usted ha dicho bien eso de que es preciso ganar terreno a la selva.

Guacis se encogió de hombros.

—Por mí... Pero olvídense de Babel. Las Babeles siempre acaban mal.

Dicho lo cual, hizo una seña a los dos agentes y se apartó con ellos a un extremo.

—Ustedes han oído a ese loco —dijo—. ¿Qué opinan?

—¿Qué mal hay en dejarle aquí? Pueden ser los adelantados de otra mucha gente que venga. Y ya ha oído eso de que el fabricar diamantes es un truco.

—Por lo demás, salvo aquellos que sean de verdad criminales y que han de tener su castigo, el resto de esos hombres y mujeres no creo que tengan otra deuda con la sociedad que el haber cedido frente a las exigencias del Niño Jácare.

—Bien. Resuelto. Llévense a sus tres pájaros. Yo me llevaré a los míos y no vuelva a hablarse de este lugar como una tierra de promisión.

Comunicaron lo que habían decidido al doctor. Éste hizo una petición en regla a los demás miembros de la expedición. Les contó la verdad y lo que esperaba de ellos.

Las parejas fueron pasando a su lado. La última fue la de, su hija Erika y Alfonso Dortaes. Shevers se dirigió a Marina y, tras carraspear un poco, le dijo:

—¿Qué piensa hacer? ¿Se quedará aquí?

—Sí. ¿Qué otro remedio me queda?

—Entonces..., quizá yo vuelva.

FIN



No lo dude!
ESCOJA SIEMPRE LO MEJOR
OESTE *SERA SU FAVORITA*
.....
UN NUEVO EXITO DE **EDITORIAL ROLLAN,**
que Vd. adquirirá por sólo SEIS ptas.

EDITORIAL ROLLAN **PRECIO DE ESTE VOLUMEN**
Seis pesetas
EDITORIAL ROLLAN, S. A. - Madrid 1961

NOTAS

[1] Murderlandia: Tierra del Crimen. (N. E.). < <

[2] Caboclo: Mestizo de indio y negra, o a la inversa. (N. E.). < <